

## LA ECONOMÍA DE GALICIA, UNA PANORÁMICA, C. 1750-2010

---

### THE ECONOMY OF GALICIA, AN OVERVIEW, C.1750-2010

Luis Alonso Álvarez  
Universidad de A Coruña

*Entregado el 5-5-2010 y aceptado el 15-12-2010*

**Resumen:** Examinada desde la perspectiva del largo plazo, Galicia entró muy tardíamente en la vía del mercado y la industrialización, hacia fines del siglo XIX, momento en que se situaba en el último lugar entre las comunidades españolas en términos de PIB per cápita. Recuperó increíblemente el tiempo perdido en el primer tercio del siglo XX, experimentó en su tejido empresarial la depresión de la posguerra y consiguió mejorar sus variables económicas en los años finales del Novecientos, pese al obstáculo que supuso la entrada en la Comunidad europea (que desbarató parte de sus sectores tradicionales, como la pesca, la industria láctea y la construcción naval), para asentar sus bases económicas sobre la remodelación de los sectores maduros y la apuesta decidida por un sector empresarial de nuevo estilo.

**Palabras clave:** Historia contemporánea, Galicia, economía tradicional, modernización económica, empresa pública.

---

**Abstract:** From a long-term perspective, Galicia came very late into the industrialization and the market, approximately at the end of the XIXth century. At that time it was among the last of Spanish communities in terms of the GDP per capita. Incredibly made up for lost time in the first third of the XXth century, experimented the post-war depression in its economic network and managed to improve its economic variables in the final years of the XXth century, despite the

obstacles that led to the entry into the European Community (which disrupted part of its traditional sectors such as fishing, milk industry and shipbuilding) to settle their economic basis on the remodelling of mature industries and the commitment for a new-style business.

**Key words:** Modern History, Galicia, traditional economy, economic modernization, public business.

Durante las décadas centrales del siglo XIX, Galicia se había convertido en la comunidad de menor renta *per cápita* de España, pese a la herencia relativamente positiva heredada de la centuria anterior. Añadía a esto la ruina de las actividades de auxilio, que le permitían compensar la insuficiencia de su magro ingreso agrario, y una elevadísima tasa de emigración a Ultramar. Nadie mejor que *Don Jorgito el inglés*, ese personaje entrañable de la memoria popular que visitó sus tierras durante aquellos años, para describir con todo patetismo aquella situación: «No me agrada nada este país [...], porque aquí todos mendigan y, como casi no tienen para ellos, menos tienen para mí, que soy forastero [...]. ¡Qué miseria la de Galicia!»<sup>1</sup>, concluía.

En lo que sigue, procederemos de la siguiente manera. En primer lugar, analizaremos el comportamiento de la economía agraria tradicional y los factores que la condujeron a la que parece ser la mayor crisis de su historia reciente a mediados del siglo XIX. A continuación estudiaremos la difícil transición hacia una economía de mayores niveles de mercantilización, un objetivo que alcanzó con éxito relativo durante el primer tercio del Novecientos. En los últimos apartados se examinará la evolución fluctuante de la comunidad por la senda del crecimiento capitalista entre la Guerra civil y la primera década del siglo XXI.

## 1. La economía agraria tradicional, c. 1750-1850

Hacia mediados del siglo XIX, la economía de Galicia había alcanzado sus límites. Los rasgos que la definían procedían de su carácter preindustrial y tradicional. Preindustrial en la medida en que predominaban las actividades rurales, en especial aunque no únicamente, la agricultura. Y tradicional, por su escasa orientación comercial.

La agricultura, sin duda la ocupación más significativa, tanto desde el punto de vista de la población activa como del PIB, estaba en gran medida condicionada por un peculiar régimen de propiedad, lo que le proporcionaba esa situación de singularidad que mantenía en el conjunto peninsular, la persistencia del sistema foral<sup>2</sup>. Los *foros* habían tenido su origen

---

<sup>1</sup> G. Borrow, *The Bible in Spain*, Londres, 1842 (*La Biblia en España*, Alianza, Madrid, reedición de 1970, traducción española de don Manuel Azaña).

<sup>2</sup> Véanse, entre otros, los trabajos de J. García-Lombardero, *La agricultura y el estancamiento económico de Galicia en la España del Antiguo régimen*, Siglo XXI, Madrid, 1973; P. Saavedra y R. Villares, «Galicia en el Antiguo régimen: la fortaleza de una socie-

en la baja Edad media, como respuesta de los dueños de la tierra a una población en creciente declive. Implicaban también, como en otras partes, la división del terrazgo en un dominio útil (el cedido al campesino) y otro directo, casi siempre eclesiástico. Difería sin embargo de los regímenes contemporáneos en la existencia de unos intermediarios en la cesión del útil, los señores medianeros o *fidalgos*, quienes recibían una renta de los campesinos y la trasladaban a los eclesiásticos a cambio de un diferencial del que se apropiaban. El contrato foral suponía una cesión así del útil en el largo plazo similar a la enfiteusis, porque en la práctica convertía a los campesinos en cuasi-propietarios, en especial tras la Provisión emitida por Carlos III en 1763. Esta situación se mantuvo invariable durante el siglo XIX pese a la irrupción de la reforma agraria liberal, que apenas alteró su marco jurídico, y tan solo substituyó el dominio directo de la Iglesia por el del comerciante o profesional compradores de bienes desamortizados (en realidad, rentas)<sup>3</sup>.

El régimen de propiedad determinaba así el tamaño medio de las parcelas, pequeñas y muy dispersas, efecto de la sucesiva partición en suertes de los foros, los llamados subforos, aptos para el policultivo de autoconsumo, donde jugaron un papel fundamental el maíz en el litoral atlántico y el centeno en el interior. El ingreso obtenido de la tierra por sus cultivadores directos se empleaba en el pago de la renta foral, los gravámenes señoriales, en especial los diezmos, y el resto servía a los campesinos para su autorreproducción (cuadro I). Pero como aquél en general resultaba insuficiente, éstos se veían precisados a realizar *actividades de auxilio*, de las que hablaremos, que completaban el ingreso agrario.

Una pequeña parte de las tierras se mantenían, sin embargo, fuera del sistema foral y su propiedad directa pertenecía a las comunidades campesinas<sup>4</sup>. Se trataba sobre todo de pastos y, es especial, de *montes*, nombre que en Galicia sirve para designar a suelos marginales, no aptos para la labranza.

---

dad tradicional», en R. Fernández (ed.), *España en el siglo XVIII. Homenaje a Pierre Vilar*, Crítica, Barcelona, 1982, pp. 434-504; R. Villares Paz, *La propiedad de la tierra en Galicia, 1500-1936*, Siglo XXI, Madrid, 1982; y sobre todo «Els foros de Galicia. Uns quants problemes i comparacions», *Estudis d'Història Agrària*, núm. 7, 1987, pp. 161-185.

<sup>3</sup> R. Villares Paz, y A. Artiaga Rego, *A desamortización na provincia de Pontevedra (1855-1900)*, Diputación Provincial, Pontevedra, 1991.

<sup>4</sup> Existían propiedades, sobre todo en el norte de la provincia de Lugo en donde la cesión de la tierra se efectuaba a través del arriendo a corto plazo. Véase X. Balboa López, «La propiedad de la tierra en la Galicia contemporánea», en J. De Juana y J. Prada (coords.), *Historia contemporánea de Galicia*, Ariel, Barcelona, 2005, pp. 441-459.

**Cuadro I**

Porcentaje del producto bruto agrario que alcanzaban en 1752  
las diversas cargas satisfechas por los campesinos gallegos

| Provincia    | Foros | Diezmos | Voto y primicia | Derechos señoría | Total | Margen de subsistencia |
|--------------|-------|---------|-----------------|------------------|-------|------------------------|
| Betanzos     | 8.4   | 6.3     | 0.6             | 0.2              | 15.5  | 84.5                   |
| A Coruña     | 10.1  | 7.8     | 0.6             | 0.3              | 18.8  | 81.2                   |
| Lugo         | 22.6  | 9.9     | 1.6             | 0.7              | 34.8  | 65.2                   |
| Mondoñedo    | 4.8   | 8.2     | 0.4             | 0.2              | 13.6  | 86.4                   |
| Ourense      | 10.7  | 8.6     | 1.4             | 0.4              | 21.1  | 78.9                   |
| Santiago     | 13.3  | 9.2     | 1.3             | 0.2              | 24.0  | 76.0                   |
| Tuy          | 7.4   | 11.5    | 1.7             | 0.7              | 21.3  | 78.7                   |
| Toda Galicia | 12.0  | 8.9     | 1.2             | 0.4              | 22.5  | 77.5                   |

Fuente: P. Saavedra, «Régimen señorial y poderes locales», en Villares, R., *Historia de Galicia. 3. La época moderna*, Faro de Vigo, 1991, pp. 517-536.

De ellos se obtenían productos complementarios para el sostenimiento de los aldeanos, como el combustible, maderas para la construcción y especialmente determinados *inputs* que intervenían en la elaboración del abono orgánico (*toxó*), fundamental para evitar los rendimientos decrecientes de las parcelas. De esa manera, agricultura y monte introducían una complementariedad simbiótica que establecía un equilibrio entre ambos, de modo que no era sostenible la existencia de la una sin el otro<sup>5</sup>.

La insuficiencia de la renta agraria, a la que hemos aludido, estimuló históricamente estrategias campesinas para la búsqueda de nuevos ingresos en otras ocupaciones que se han calificado como *de auxilio*, en la medida en que facilitaban complementar recursos. Entre ellas destacó especialmente la industria rural doméstica, llamada *popular* por los pensadores ilustrados<sup>6</sup>, pero también la *salga* del pescado en áreas costeras, la emigración estacional, la arriería, el laboreo del hierro y los curtidos, en-

<sup>5</sup> X. Balboa López, «L'utilizzazione del "monte" nella Galizia del secolo XIX», *Quaderni Storici*, núm. 81-3, 1992, pp. 853-872.

<sup>6</sup> Conde de Campomanes, *Discurso sobre el fomento de la industria popular*, Madrid, 1774, *passim*.

tre las más significativas. Requerían trabajos que se compaginaban con la agricultura y que no exigían una excesiva especialización, porque eran prácticas frecuentes entre las familias aldeanas aunque a escala reducida. Las de mayor relevancia resultaban la elaboración doméstica de los lienzos y la *salga* o salazón de los pescados. La industria lencera se practicaba en estaciones de menor ocupación agrícola, generalmente los inviernos, y el producto final lo hacían llegar al mercado peninsular sobre todo los emigrantes estacionales que acudían a las siegas de Castilla y Andalucía<sup>7</sup>. El pescado salado permitía disponer de una proteína barata durante todo el año y su acceso al mercado extrarregional se acentuó en el siglo XVIII tras la llegada de agentes catalanes que distribuían en el Atlántico los efectos de una agricultura fuertemente comercializada.

En este conjunto donde las ocupaciones primarias resultaban predominantes, la ciudad constituía una pequeña esfera —apenas alcanzaba el 7% de la población total, según el cuadro II—, que en gran medida no era más que una continuidad del campo, sin apenas operaciones productivas y convertida en residencia de rentistas, funcionarios y clero. Solo algunas actividades terciarias y secundarias, que derivaban casi siempre de actuaciones estratégicas impulsadas por el Estado central, le conferían cierto interés, más por sus potencialidades que por sus funciones reales. Entre las primeras destacó sobre todo la habilitación del puerto de A Coruña en 1765 como sede de los Correos marítimos entre la península y las colonias de América, que estimuló en gran medida el establecimiento de firmas mercantiles en la ciudad, atraídas por las posibilidades de negocio con América al margen del monopolio gaditano<sup>8</sup>. Entre las industriales, descollaron la creación en 1804, también en la ciudad herculina, de una factoría para la elaboración de tabacos llegados sobre todo de Cuba, y el establecimiento en Ferrol de unos astilleros militares a mediados del siglo XVIII, que convirtieron a la ciudad en la mayor de Galicia a finales del Ochocientos. Con la creación de la Real Fábrica de Cigarros, la Corona intentaba evitar el creciente contrabando —el tabaco constituía un monopolio fiscal, además de prohibirse su importación, cultivo y distribución a particulares—, y ponía a disposición del mercado regional una mayor oferta que impedía de esta forma el comercio intérope favorecido por la

---

<sup>7</sup> X. Carmona Badía, *El atraso industrial de Galicia. Auge y liquidación de las manufacturas textiles (1750-1900)*, Ariel, Barcelona, 1990.

<sup>8</sup> L. Alonso Álvarez, *Comercio colonial y crisis del Antiguo régimen en Galicia, 1778-1818*, Consellería de Presidencia Xunta de Galicia, Santiago, 1986.

**Cuadro II**  
La población urbana de Galicia en 1787

| Ciudades y villas         | Habitantes | % del total |
|---------------------------|------------|-------------|
| Ferrol                    | 26.949     |             |
| Santiago                  | 15.582     |             |
| A Coruña                  | 3.575      |             |
| Mondoñedo                 | 4.640      |             |
| Lugo                      | 4.019      |             |
| Tui                       | 3.987      |             |
| Betanzos                  | 3.508      |             |
| Ourense                   | 2.961      |             |
| Resto de villas           | 27.390     |             |
| Toda la población urbana  | 92.611     | 6.91        |
| Toda la población gallega | 730.084    | 100.00      |

*Fuente:* A. Eiras Roel, *La población de Galicia, 1700-1860*, Fundación Caixa Galicia, A Coruña, 1996, p. 99.

existencia de un litoral de difícil control como era —y sigue siendo— el de las rías gallegas<sup>9</sup>.

Pero no siempre estas actuaciones derivaron de iniciativas estatales. En las Rías Baixas, por ejemplo, conocemos actividades no agrarias como las de comercialización de la sardina salada desde mucho antes de la llegada de los agentes catalanes, quienes en último término fueron los que contribuyeron en mayor medida a sustraerla de la tutela señorial y a introducir en ella nuevos elementos mercantiles. Esta práctica se compaginaba también con el corso marítimo, algo habitual en periodos de conflicto naval, frecuentes en el último tercio del siglo XVIII y primeras décadas del XIX. No era una estampa inusual observar a los patrones de las principales villas marineras armar sus embarcaciones al corso y esperar en las prolongaciones de las rías a los numerosos bajeles británicos que venían a abastecerse a Portugal.

<sup>9</sup> L. Alonso Álvarez, *Las tejedoras del humo. Historia de la fábrica de tabacos de A Coruña, 1804-2000*, A Nosa Terra /Fundación Altadis, Vigo, 2001.

No obstante, pese a las iniciativas privadas y de la Corona, las ciudades gallegas entraron en el Ochocientos con escaso protagonismo y todo nos remite a este predominio del mundo rural que, en su conjunto institucional, estaba dotado de una gran fortaleza y cohesión, como reconocía el conde de Campomanes<sup>10</sup>, aunque no siempre exenta de conflictos.

Durante la primera mitad del siglo XIX, sin embargo, la situación social evolucionó en una dirección que impulsaría las primeras grietas en esta fortaleza. La prolongación de la ocupación francesa entre 1808 y 1814 provocó la lenta desaparición de una de las actividades de auxilio más extendidas entre los campesinos, la industria de los lienzos. La guerra paralizó la emigración estacional, es decir, la distribución del producto en el área extrarregional (en América ya lo había perdido tras el conflicto naval con Inglaterra de 1778). Privados ahora de su mayor mercado textil, los campesinos abandonaron progresivamente estas prácticas, al tiempo que la oferta era ocupada por tejidos ingleses introducidos de contrabando (al no existir desde el desastre de Trafalgar navíos de vigilancia aduanera) y, tras la recuperación de la normalidad, por los algodones catalanes<sup>11</sup>.

Por su parte, la inercia de una población en aumento presionaba sobre unos recursos cada vez más escasos. Desde mediados del siglo XVII, la demografía había experimentado un dinamismo notable, que los especialistas explican en gran medida por la temprana introducción del maíz en el litoral atlántico y sus valles fluviales, un fenómeno que impulsó un adelanto en la edad del casamiento, una alta nupcialidad y una mayor fecundidad femenina<sup>12</sup>. Hacia finales del Setecientos, la Galicia interior continuaba el empuje de la fachada atlántica —afectada ya por rendimientos decrecientes en aquellas tierras marginales a donde había llegado el maíz—, estimulada por la introducción de la patata y el viñedo, en coexistencia con el centeno tradicional. Por último, entre 1820 y 1840 se produjo un doble fenómeno que afectaría también al crecimiento de la población. Por un lado, una ampliación de la superficie rural mediante apropiación de terrenos cuyos derechos de propiedad estaban escasamente definidos, regeneración de áreas marginales, como lagunas y marinas, y el traslado del viñedo al monte. Por otro, una intensificación del trabajo agrícola, inducida sobre todo por los nuevos

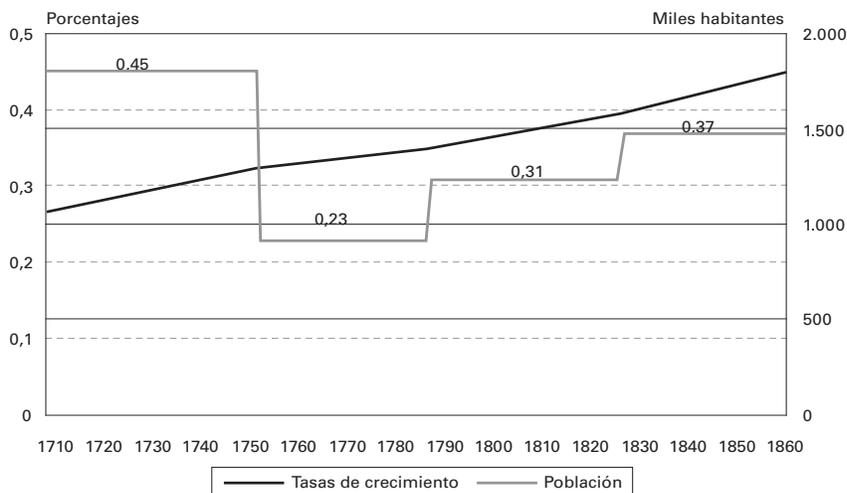
---

<sup>10</sup> Conde de Campomanes, *op. cit.*, 1774, pp. LXVII-LXXXIII.

<sup>11</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 1990.

<sup>12</sup> J.M. Pérez García, «La agricultura gallega del Antiguo régimen (1480-1830)», en R. Villares (ed.), *Historia de Galicia. 4. La época contemporánea*, Faro de Vigo, Vigo, 1991, pp. 557-576.

cultivos que se compaginaban con los tradicionales. El resultado fue un crecimiento de la población que se sostuvo hasta mediados de la centuria en torno a 1,7 millones de habitantes, como puede observarse en el gráfico 1.



Fuente: A. González Vázquez, *La emigración gallega a América, 1830-1930*, SPUS, Santiago, 2000, I, 144.

**Gráfico 1**  
Población y tasas de crecimiento anual acumulativo en la Galicia tradicional

En suma, la presión demográfica y la desaparición del textil doméstico, que privó a los campesinos del complemento de renta que le negaba una agricultura insuficiente, provocaron un grave desajuste en el conjunto de la economía del país. Frente a las estrategias tradicionales a estas crisis maltusianas, como la emigración permanente a Portugal y la soltería femenina, las nuevas condiciones del mercado mundial permitieron a los campesinos gallegos iniciar un ciclo migratorio de largo alcance hacia tierras americanas. Es así como se plantea la gran emigración a Ultramar, que en gran medida equilibró de nuevo la ecuación entre población y recursos aunque en un contexto aún tradicional.

Entretanto, gran parte de las comunidades españolas habían resuelto ya, o estaban a punto de realizarla, la transición hacia una mayor mercantilización de sus economías. En vísperas de la emigración en masa a América, la de Galicia, medida en términos de PIB per cápita, era ya la última en el listado, como puede apreciarse en el cuadro III. Sin embargo, se habían quebrado en gran medida algunos de los baluartes en esa fortaleza tradicional, a través de los cuales introduciría la práctica generalizada del mercado.

### Cuadro III

PIB y PIB pc de las comunidades españolas en 1860  
(en miles de millones de pts de 1986)

| Comunidad          | PIB | PIB pc  | Comunidad            | PIB   | PIB pc  |
|--------------------|-----|---------|----------------------|-------|---------|
| Andalucía          | 388 | 132.540 | Comunidad Valenciana | 138   | 110.710 |
| Aragón             | 104 | 118.101 | Extremadura          | 65    | 91.924  |
| Asturias           | 38  | 72.450  | Galicia              | 106   | 59.654  |
| Baleares           | 27  | 102.701 | Madrid               | 172   | 361.496 |
| Canarias           | 14  | 59.829  | Murcia               | 34    | 89.238  |
| Cantabria          | 27  | 125.932 | Navarra              | 34    | 114.324 |
| Castilla-León      | 205 | 98.411  | País Vasco           | 54    | 130.592 |
| Castilla-La Mancha | 131 | 108.867 | Rioja                | 20    | 115.074 |
| Cataluña           | 239 | 144.646 | Total España         | 1.795 | 116.147 |

*Fuentes:* Para el PIB, S. Zapata, «Apéndice estadístico», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer y S. Zapata (eds.), *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, p. 587. Población, *Censo de Población de 1857*

## 2. La tardía transición a una economía mercantilizada, 1850-1900

La transición del autoconsumo al mercado constituyó un proceso tardío y de gran lentitud, que afectó de forma dramática al conjunto de las economías campesinas y que en sus orígenes vino forzado por la presión demográfica y, sobre todo, por los desempeños del Estado liberal. Durante los últimos años de la primera mitad del Ochocientos, se había desencadenado en Galicia una sustitución de la fiscalidad eclesiástica (diezmos, primicias, etc.) por la civil española (Contribución de inmuebles, Cultivos y

Ganadería, 1845). Mientras que el pago de gravámenes se ejecutaba generalmente en especie y al tiempo de finalizar la cosecha, el Estado aumentó significativamente la cuota tributaria —entre un 9 y un 25%, según áreas de la comunidad. Por otra parte, exigió los pagos en dinero, en una época que no coincidía necesariamente con la del calendario agrícola y en un momento en que la más generalizada de las actividades de auxilio, el textil doméstico, había desaparecido como compensadora de renta. Pese a las relevantes ocultaciones y protestas antifiscales ocurridas ya desde la guerra del francés<sup>13</sup>, las familias campesinas hubieron de adaptarse dolorosamente a la nueva situación e intentar conseguir ingresos líquidos a partir de la compaginación del policultivo de autoconsumo con la venta del producto ganadero, el de más fácil comercialización<sup>14</sup>. De ese modo, las reses gallegas comenzaron a distribuirse en la Gran Bretaña y Portugal (gráfico 2), proporcionando a los campesinos el líquido imprescindible para sostener sus obligaciones con el Estado liberal.

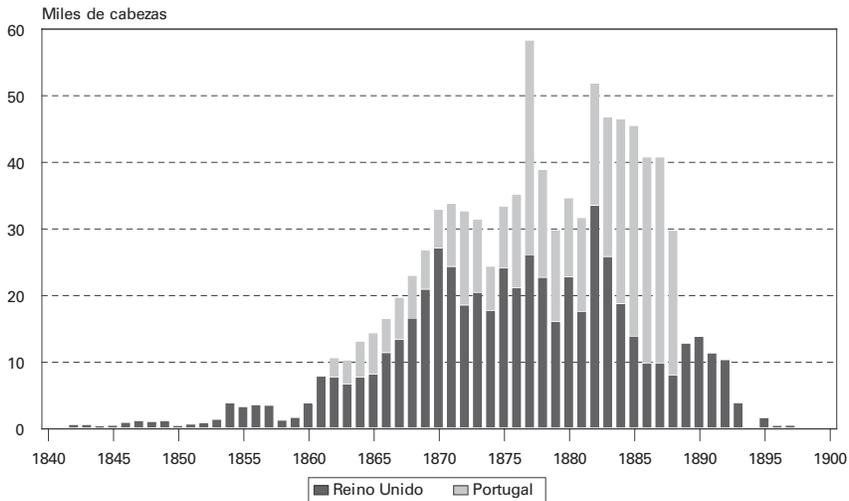
La crisis finisecular, un fenómeno que afectó a todo el sector agropecuario europeo, fue más benigna en Galicia en la medida que las exportaciones de ganado vacuno fueron substituidas por la distribución de la carne en los grandes mercados peninsulares (Madrid, Barcelona), en especial tras la construcción de las primeras líneas ferroviarias en los primeros ochenta<sup>15</sup>. En este sentido, disponemos de muchas evidencias que lo acreditan de una manera decisiva. Los directores médicos de los balnearios españoles, por ejemplo, estaban obligados desde comienzos del siglo XIX a informar anualmente a la Dirección general de sanidad sobre el estado de sus establecimientos. En muchas de estas *memorias* recogían los acontecimientos que

---

<sup>13</sup> A. Fernández González, «Las estrategias antifiscales en las sociedades campesinas tradicionales. Galicia, 1700-1840», *Hacienda Pública Española. Monografía núm. 1, El Fraude fiscal en la Historia de España*, 1994, pp. 123-134; C. Velasco Souto, *Labregos insubmisos*, Laiovento, Santiago de Compostela, 2000.

<sup>14</sup> X. Carmona Badía, «Sobre as orixes da orientación exportadora na produción bovina galega. As exportacións a Inglaterra na segunda metade do século XIX», *Grial-Anexo I. Historia*, Galaxia, Vigo, 1982, pp. 169-206. También A. Artiaga Rego y X. Balboa López, «La agricultura del siglo XIX», en R. Villares (ed.), *Historia de Galicia. 4. La época contemporánea*, Faro de Vigo, Vigo, 1991; L. Fernández Prieto (ed.), *Terra e progreso. Historia agraria da Galicia contemporánea*, Xerais, Vigo, 2000, pp. 205-352 y A. Artiaga Rego, «La sociedad gallega (c. 1775-1874)», en J. De Juana y J. Prada, *op. cit.*, 2005, pp. 57-82.

<sup>15</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 1982. A. Martínez López, «Perspectiva histórica de la ganadería gallega: de la complementariedad agraria a la crisis de la intensificación láctea (1850-1995)», en R. Domínguez Martín (ed.), *La vocación ganadera del norte de España*. Madrid, 1996, pp. 17-57, cuantifica las salidas de vacuno posterior al mercado español.



Fuente: J. Carmona Badía, *op. cit.*, 1982, p. 175.

## Gráfico 2

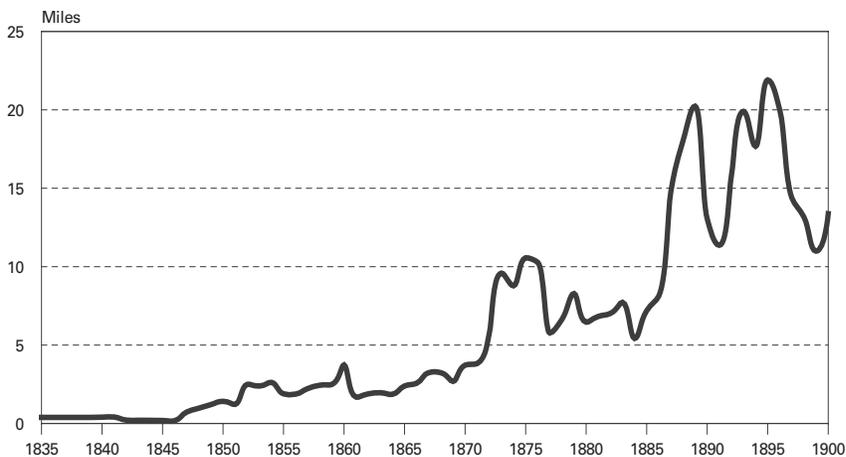
Exportaciones de ganado vacuno gallego al Reino Unido y Portugal, 1842-1900

afectaban a la economía de los pueblos y de las comunidades donde aquéllos se asentaban. De entre los cientos de informes conservados, se puede seleccionar por su brevedad y enjundia el de Desiderio Varela, el médico de los Baños viejos de Carballo, en el que decía a la altura de 1889:

«[Galicia] surte de carnes a gran parte del Reino Unido, así como a Castilla, Cataluña y otras comarcas del interior. Gracias a este artículo de exportación no se ha sentido todavía en este país la crisis que experimentan otras provincias de España, y aunque su estado no es satisfactorio y la emigración continúa, el labrador disfruta de relativo bienestar, que podría terminarse si se cerrase la salida a tan importante artículo de comercio»<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> Desiderio Varela, «Memoria de los balnearios de Carballo en la temporada oficial de 1889», manuscrito de la Biblioteca de la Facultad de Medicina de la Universidad Complutense, 2813/21, p. [2].

Mucho más significativas resultaron, sin embargo, las derivadas sociales de la depresión y de consecuencias de alto alcance para el siglo XX. El aldeano pagaba en especie la renta foral a los *fidalgos*, un producto que se había depreciado en el transcurso de la crisis finisecular y que arrastró a éstos a una situación de ruina —magníficamente retratada por Valle Inclán en sus *esperpentos* y *comedias bárbaras*—, y que les conduciría a la venta de su patrimonio ya desde finales del siglo XIX<sup>17</sup>. Pero para muchos campesinos, especialmente los de la Galicia interior, menos productiva, la única solución se encontraba en la emigración. De ese modo, a partir de los años 70 y 80, el destino americano facilitado por el ferrocarril con acceso a los puertos de embarque se convirtió en el objetivo de una parte relevante de la población agraria, como puede apreciarse en el gráfico 3.



Fuente: A. Vázquez González, *op. cit.*, 2000.

### Gráfico 3

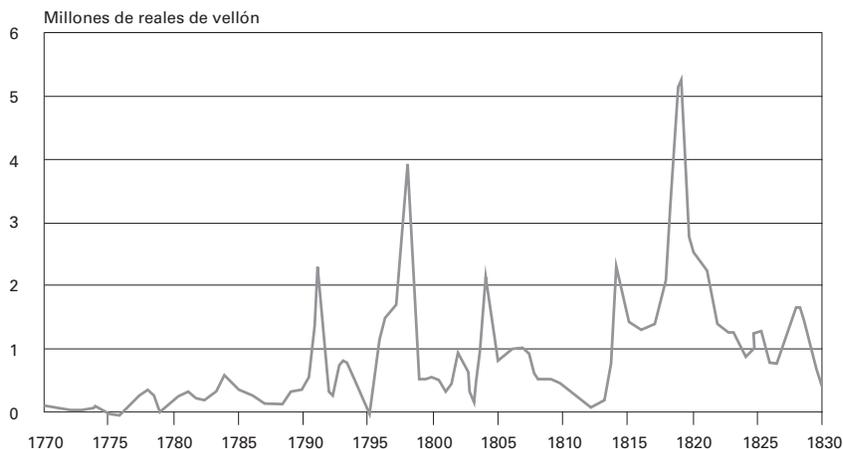
La emigración gallega a América, 1835-1900.  
Estimación por defecto

<sup>17</sup> A. Artiaga Rego, «A renda foral en Galicia a fins do século XIX», *Agricultura y Sociedad*, núm. 30, 1984, pp. 207-237.

Pero durante la segunda mitad de la centuria, y coincidiendo con estas transformaciones, se producían otro tipo de cambios que iban a tener una importancia decisiva en el siglo XX y que afectarían a otra de las actividades de auxilio, las salazones de pescado. Desde fines del Setecientos, éstas se habían evadido del control campesino. La intervención del Estado central, que liberalizó el monopolio de la sal y la disponibilidad de la mano de obra ocupada (dos *inputs* fundamentales), estimuló hacia fines de siglo el surgimiento de la primera ocupación industrial que optó por la vía del mercado, el llamado *complejo marítimo*, que englobaba el sector de la conserva, pero también determinados *encadenamientos* hacia delante y atrás, como veremos enseguida.

En el mundo urbano, por su parte, comenzaron lentamente a originarse algunas grietas en la estructura tradicional. El proceso de abandono del campo y poblamiento de ciudades y villas fue mucho más tardío que en otros lugares de España, no tanto porque el mundo rural no perdiese efectivos, que los perdía, cuanto que en gran parte estos recursos eran absorbidos por la emigración americana. Con todo, se produjeron algunas mudanzas que cristalizaron también en el siglo XX. En A Coruña y otras ciudades litorales, se había establecido una vinculación de ciertos grupos mercantiles con el comercio internacional —la América española, el norte de Europa— al menos desde el último tercio del Setecientos. La entrada en el XIX coincidió con la emancipación de las colonias americanas continentales y puso fin a un tráfico protegido que favorecía especialmente a la ciudad herculina entre las ciudades gallegas. La mayoría de comerciantes con vínculos americanos liquidaron sus negocios e invirtieron a su vez en rentas, foros y censos, un proceso imparable que alentaron las primeras desamortizaciones.

Según el gráfico 4, las inversiones comenzaron con las guerras finiseculares del Setecientos —obsérvese el pico de 2 millones de reales en 1790—, crecieron espectacularmente con la desamortización de Godoy —picos de 2 y 4 millones desde 1799— y alcanzaron su cota máxima con la del Trienio (pico de 5,5 millones). La cifra total del capital desembolsado resultó casi de 30 millones de reales, una cantidad respetable en aquellos momentos, más aún si consideramos que afectaba solo a la ciudad de A Coruña. En conjunto, se puede afirmar que el número de comerciantes que se *afidalgó* fue muy elevado. Sin embargo, es también cierto que algunos otros reorientaron sus intereses hacia los restos del Imperio (Cuba y las Antillas) ya bien entrado el siglo XIX, tras el cese de las hostilidades de los corsarios de Bolívar. Se insertaron así en la carrera de suministro de esclavos africanos a la agricultura azucarera



Fuente: L. Alonso Álvarez, *op. cit.*, 2005, p. 46.

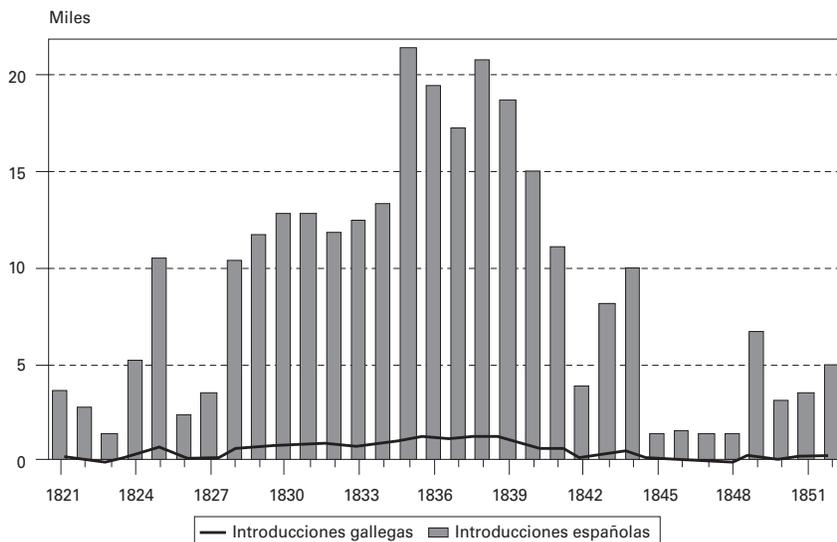
#### Gráfico 4

Inversiones en propiedad inmobiliaria de los comerciantes gallegos con América, 1769-1830

antillana — tal como puede advertirse en el gráfico 5— y la distribución del azúcar y coloniales en Europa.

Los resultados generados por el negocio de la trata acabaron durante gran parte del Ochocientos proporcionando liquidez a las entidades mercantiles, que compaginaron el tráfico ultramarino con giros, préstamos y descuento de papel nacional y extranjero, al tiempo que proveían a las ciudades de medios de pago y contribuían de ese modo a difundir la primera moneda fiduciaria. Este es el origen de los llamados comerciantes-banqueros en muchas ciudades españolas<sup>18</sup>, que explica el escaso número

<sup>18</sup> J.R. García López, «Banqueros y comerciantes banqueros, clave oculta del funcionamiento del sistema bancario español del siglo XIX», *Moneda y Crédito*, núm. 175, 1985, pp. 59-86; *Los comerciantes-banqueros en el sistema bancario español. Estudio de las casas de banca asturianas en el siglo XIX*, Universidad de Oviedo, Oviedo, 1987; «El sistema bancario español del siglo XIX: ¿una estructura dual? Nuevos planteamientos y nuevas propuestas», *Revista de Historia Económica*, núm. 1, 1989, pp. 111-132; y «Banking Merchants and Banking Houses: The Hidden Key to the Workings of the Spanish Banking System in the Nineteenth Century», *Accounting, Business & Financial History*, núm. 1-10, 2000, pp. 37-56.



Fuente: L. Alonso Álvarez, *op. cit.*, 2005, p. 49.

### Gráfico 5

Número de esclavos introducidos en Cuba, 1821-1852

de sociedades anónimas de banca en la España del siglo XIX<sup>19</sup>. En Galicia, la nueva actividad se desarrolló sobre todo en A Coruña que, entre 1875 y 1905, albergaba el 41,5% del conjunto de comerciantes-banqueros regionales<sup>20</sup>. Esta transición entre distribución comercial y financiera tan característica del Ochocientos puede apreciarse en el cuadro IV. Las cifras,

<sup>19</sup> Como es sabido, esta cuestión constituyó el núcleo de la polémica desarrollada entre José Ramón García López y Gabriel Tortella. Véanse de este último «La evolución del sistema financiero español de 1856 a 1868», en P. Schwartz (coord.), *Ensayos sobre la economía española a mediados del siglo XIX*, Banco de España, Servicio de Estudios, Madrid, 1970; *Los orígenes del capitalismo en España. Banca, industria y ferrocarriles en el siglo XIX*, Tecnos, Madrid, 1975.

<sup>20</sup> M.J. Facal Rodríguez, *La banca en Galicia durante la época de la Restauración: el Crédito Gallego*, Universidade de Santiago, Santiago de Compostela, tesis de licenciatura inédita, 1986.

**Cuadro IV**  
**Diversificación del negocio de una muestra de comerciantes-banqueros**  
**coruñeses en las décadas centrales del siglo XIX**  
**(unidades en reales de vellón; porcentajes entre paréntesis)**

| Conceptos                      | M. Torres Moreno<br>(1846) | Francisco Gurrea<br>(1848) | Juan Menéndez<br>(1852) | José Presas<br>(1858) | Bruno Herce<br>(1868) |
|--------------------------------|----------------------------|----------------------------|-------------------------|-----------------------|-----------------------|
| Actividad naviera              | —                          | —                          | 1.098.672 (8,9)         | —                     | 40.000 (1,3)          |
| Líquido                        | —                          | —                          | 32.663 (0,3)            | 609.944 (33,8)        | —                     |
| Negocio comercial              | —                          | —                          | 1.934.182 (15,7)        | 82.659 (4,6)          | 8.010 (0,3)           |
| Deuda pública                  | —                          | 122.956 (13,4)             | —                       | —                     | —                     |
| Actividad industrial propia    | —                          | 433.519 (47,3)             | —                       | 98.831 (5,5)          | 8.010 (0,3)           |
| En sociedades ajenas           | —                          | —                          | 642.747 (5,2)           | 102.000 (5,6)         | 160.125 (5,3)         |
| Inversión inmobiliaria         | —                          | 269.064 (29,3)             | —                       | 545.900 (30,3)        | 1.310.037 (43,1)      |
| Bienes de consumo              | 282.585 (5,3)              | 16.508 (1,8)               | 125.495 (1,0)           | 16.893 (0,9)          | 115.818 (3,8)         |
| Actividad financiera           | 3.677.525 (68,7)           | 74.740 (8,2)               | 8.488.706 (68,9)        | 347.656 (19,3)        | 1.394.761 (45,9)      |
| No financiera (sin especific.) | 1.393.922 (26,0)           | —                          | —                       | —                     | —                     |
| Totales                        | 5.354.032 (100,0)          | 916.787 (100,0)            | 12.322.465 (100,0)      | 1.803.883 (100,0)     | 3.036.761 (100,0)     |

*Fuente:* L. Alonso Álvarez, E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, *Construyendo empresas. La trayectoria de los emprendedores coruñeses en perspectiva histórica, 1717-2006*, CEC, A Coruña, 2008, vol. I, p. 31.

sumamente relevantes y que abarcan un periodo que cubre las décadas centrales del siglo, reproducen las actividades registradas en cinco inventarios *post mortem* de conocidos hombres de negocios coruñeses. Y manifiestan, sobre todo, en qué medida estaban ya implicados en intervenciones financieras, al punto de que para tres de ellos eran ya los de mayor volumen, para dos había desaparecido la función de distribución y para otros tres la naviera.

Más adelante, al amparo de la ley de Sociedades de crédito de 1856, algunos de estos comerciantes-banqueros se agruparon para crear la primera entidad regional bajo cobertura jurídica de sociedad anónima. Se trataba del primer *Banco de La Coruña*, registrado en 1857, cuya función básica resultó la de emisión de papel moneda para el espacio local, aparte de la de intermediación financiera. Cuando el Estado concedió en 1874 el monopolio de emisión al Banco de España, los coruñeses optaron por integrarse en él, pese a que mantenían la posibilidad de continuar como banca comercial. Sin embargo, la negociación con Madrid fue presentada a la ciudadanía como un atropello centralista, cuando en realidad constituyó una excelente oportunidad de negocio. El beneficio de la banca coruñesa procedía sobre todo de valores públicos en un momento en que el Estado había suspendido el pago de la deuda, mientras que el banco emisor pagó con acciones propias la compra por el valor nominal de las acciones depreciadas del banco herculino<sup>21</sup>. Buena prueba de ello es que, pocos años después de la integración, sus antiguos accionistas crearon un segundo banco comercial, el *Crédito Gallego*, interesado en la captación de ahorro para invertir en sus negocios personales. La guerra de Cuba, no obstante, deterioró su pasivo y le obligó a dirigir sus inversiones hacia el mercado de valores y también, y por primera vez, hacia la economía regional. De este modo, se crearon empresas como la *Sociedad Eléctrica de Orense*, la *Sociedad General Gallega de Electricidad*, *Hidroeléctrica del Pindo* o *Aguas de La Coruña*. Era una apuesta arriesgada por la comunidad en un momento de escasa integración del mercado autóctono que le llevaría a su fracaso, al punto de concluir sus actividades hacia finales de siglo<sup>22</sup>. Junto con el Banco de La Coruña, creado a raíz de la Ley de 1856, se habían inscrito también en Galicia el Banco de Santiago y la Sociedad de Cré-

---

<sup>21</sup> M.J. Facal Rodríguez, *op. cit.*, 1986.

<sup>22</sup> *Ibidem*.

dito y Fomento de Vigo, pero no lograron rebasar con éxito la crisis financiera de los años 60.

Con todo, estas primeras transformaciones en la economía urbana no se limitaron tan solo a la aparición y primeros pasos de la banca. Las ciudades y villas gallegas experimentaron también un pequeño crecimiento que acogió a una parte de la población rural, la de menores recursos y que no podía siquiera acudir a la emigración ultramarina. Este primitivo incremento urbano, menor que en el conjunto español, impulsó la aparición de los primeros servicios públicos, como traídas de agua potable, conducciones de gas y electricidad y transporte urbano e interurbano. Sin embargo, se trataba de un fenómeno que tendría su mayor expansión en el primer tercio del siglo XX, por lo que lo analizaremos más adelante. Tan solo cabe añadir que esta red de servicios contaba con la financiación de la banca comercial local que, como hemos señalado, captaba pasivo sobre todo en la emigración de ultramar a través de una tupida red de correspondencias en las principales ciudades americanas.

Un nuevo tipo de cambios asomó también a finales del siglo XIX que, por su relevancia, va a conformar la base sobre la que se articularía la industrialización posterior en torno al complejo marítimo. Hay tradiciones históricas que explican esta eclosión, entre ellas la práctica de la pesca de autoconsumo desde tiempo inmemorial y la conservación del pescado a través de distintos procedimientos, entre ellas los salazones, como ya hemos indicado. Varios factores confluyeron para hacer realidad la transición de la *salga* artesanal a la conserva industrial. Como vimos, en primer lugar, el desestanco de la sal de 1869, impulsado por los gobiernos ultraliberales que se impusieron tras el triunfo del Sexenio, preparó el camino al estimular la liberación de capitales hasta entonces inmovilizados en la adquisición de este *input* y destinarlos a otros usos. De la misma época procedió la desmilitarización de la marinería, que creó mayor disponibilidad de empleo para usos productivos, y la reducción de los aranceles para la hoja de lata. Con todo, el factor decisivo derivó del agotamiento de los bancos pesqueros franceses de Bretaña y Normandía, donde ya existía una industria conservera moderna. Privados de un *input* básico, la sardina, los empresarios franceses acudieron en su búsqueda a caladeros gallegos y portugueses. De esta manera, llegaron algunos capitales y, sobre todo, tecnología francesa del enlatado del pescado en aceite. La consecuencia fue la creación de un grupo significativo de pequeñas firmas conserveras en los años 80, algunas con capital mixto, pero en su mayor

parte propiedad de emprendedores procedentes de la emigración en América (Alonso, Santodomingo) y, sobre todo de los que mantenían apellidos de origen catalán (Curbera, Barreras, Tapias, Massó, Colomer, Portals), descendientes en algunos casos de aquellos agentes de sociedades del Principado que se habían establecido en el litoral gallego en la segunda mitad del siglo XVIII.

La nueva actividad industrial resultaba distinta de las salazones. Su producto final era nuevo y en él intervenían *inputs* diferentes —aceite refinado, estaño, maquinaria, hoja de lata—, frente a los tradicionales que componían la salga, la sal y el trabajo intensivo. Y también eran distintos los mercados a los que abastecía, la exportación sobre todo a Francia, mientras que las salazones aprovisionaban el interior español<sup>23</sup>.

En paralelo comenzaron también transformaciones relevantes en el sector pesquero, cuando hacia fines de la centuria se originaron algunos cambios en los derechos de propiedad que definían el acceso a los nuevos caladeros a los que acudían ahora navíos dotados de una nueva fuente de energía, el vapor, frente a los tradicionales veleros. Todo ello permitió incrementar el producto, que abastecía por una parte a la naciente industria conservera y, por otra, a los mercados peninsulares para su consumo en fresco a través de las recién creadas líneas de ferrocarril. Sobre las implicaciones del complejo marítimo, desarrolladas en especial en el primer tercio del Novecientos, volveremos más adelante<sup>24</sup>.

### 3. El primer tercio del siglo XX: la recuperación del tiempo perdido

La entrada de la nueva centuria marcó un antes y un después en la economía de Galicia. Por un lado, desapareció definitivamente el régimen de autoconsumo que la había caracterizado desde tiempo inmemorial. Por otro, se consolidó la pequeña explotación campesina, al tiempo que despegó la moderna industria derivada del complejo marítimo, se generalizaron los servicios públicos en un contexto aún raquítico de urbanización y se produjo la integración en el mercado español gracias a la conexión fe-

---

<sup>23</sup> X. Carmona Badía, «La industria conservera gallega, 1840-1905», *Papeles de Economía Española*, monográfico *Economía de las Comunidades Autónomas. Galicia*, 1985.

<sup>24</sup> J. Giráldez Rivero, *Crecimiento y transformación de la pesca en Galicia, 1880-1936*, MAPA, Madrid, 1996.

rroviaria de las mayores ciudades gallegas con las grandes urbes peninsulares (en 1883 A Coruña y en 1885 Vigo).

En las grandes cifras, la población experimentó un crecimiento significativo —pasó de 1,9 millones en 1900 a 2,2 en 1936—<sup>25</sup>, ascendiendo más aprisa que en el siglo XIX, aunque en el contexto general retrocedió en población relativa del 11,5 al 11%<sup>26</sup>. Lo mismo sucedió con la economía<sup>27</sup>. Aunque el perfil de las grandes cifras permite calificar este primer tercio de la centuria como de gran dinamismo, se trata sobre todo de una recuperación del tiempo perdido por las inercias de la sociedad tradicional. Esta evidencia se aprecia en todos los sectores, pero especialmente en el primario, que situó a Galicia en la cabeza del cambio técnico agrario en el conjunto peninsular. La agricultura creció el doble que la española (78% frente a un 43), solo superada por Baleares (95%) y seguida de lejos por Cataluña (61%)<sup>28</sup>. Lo sucedido entre 1900 y 1930 constituyó una transformación derivada de las mejoras en la productividad de la tierra y del trabajo rural por unidad de producto, muy superior en la agricultura gallega que en la media de las regiones. Según cifras conocidas<sup>29</sup>, si asignamos el índice 100 a los datos de 1900, se reducen la superficie de cultivo en 1930 (a 91, frente al aumento a 123 del total español) y la población trabajadora (a 78, medido en términos de activos agrarios masculinos, frente al 83 de España), mientras que la producción aumenta más que en el conjunto (índice 178 frente al 143 de la media peninsular). Algunos datos aparecen aún más relevantes si desagregamos por provincias y sectores, como indica el cuadro V.

---

<sup>25</sup> X.A. López Taboada, *La población de Galicia, 1860-1991*, Fundación Caixa Galicia, A Coruña, 1996.

<sup>26</sup> M. Martín Rodríguez, «Pautas y tendencias de desarrollo económico regional de España: una visión retrospectiva», en J.L. García Delgado y A. Pedrero (dirs.), *Ejes territoriales del desarrollo: España en la Europa de los 90*, Economistas, Madrid, 1992, pp. 133-155. Véase también R. Domínguez Martín, *La riqueza de las regiones. Las desigualdades económicas regionales de España, 1700-2000*, Alianza, Madrid, 2002, p. 367.

<sup>27</sup> X. Fernández Leiceaga y E. López Iglesias, *Estructura Económica de Galiza*, Laiovento, Vigo, 2000. También, M. Martín Rodríguez, *op. cit.*, 1992, pp. 149-150 y R. Domínguez Martínez, *op. cit.*, 2002, p. 318.

<sup>28</sup> D. Gallego, «Pautas regionales del cambio técnico en el sector agrario español (1900-1930)», *Cuadernos Aragoneses de Economía*, núm. 3-2, 1993, pp. 242-276.

<sup>29</sup> *Ibidem*.

**Cuadro V**

Macromagnitudes del sector agrario gallego entre 1900 y 1930  
(datos de 1930 con base 100 en 1900)

| Áreas          | Superficie agrícola | Activos agrarios masculinos | Producción |          |          | Total |
|----------------|---------------------|-----------------------------|------------|----------|----------|-------|
|                |                     |                             | Agrícola   | Ganadera | Forestal |       |
| Galicia        | 91                  | 78                          | 243        | 203      | 87       | 178   |
| A Coruña       | 64                  | 78                          | 331        | 197      | 92       | 211   |
| Lugo           | 157                 | 79                          | 468        | 383      | 103      | 271   |
| Ourense        | 93                  | 87                          | 167        | 108      | 94       | 134   |
| Pontevedra     | 97                  | 69                          | 109        | 142      | 52       | 96    |
| Media española | 123                 | 83                          | 152        | 160      | 73       | 143   |

Fuente: D. Gallego, *op. cit.*, 1993.

En este proceso de transformación se ha de ponderar la estrategia innovadora del campesinado que, liquidada la distribución del vacuno en Europa por la crisis finisecular, adoptó como sustitución el mercado español, tras la conexión por ferrocarril con las principales ciudades. De este modo, la ganadería se convirtió en el eje central del sector primario al cual quedó subordinada la agricultura (pastos y forrajes). Esta estrategia innovadora se percibe también en la introducción de mejoras biológicas, químicas y mecánicas que hicieron crecer la producción y la productividad, al tiempo que especializó el monte para aprovechamientos forestales (plantación masiva de pino en las áreas costeras) en respuesta a la demanda de madera<sup>30</sup>.

Según Fernández Prieto<sup>31</sup>, en este primer tercio del siglo XX se originaron tres grandes modificaciones en el sector agrario, que configurarían su comportamiento posterior. Por un lado, la conversión del campesino

<sup>30</sup> E. Rico Boquete, «Montes, industria do aserrío e tráfico de madeiras en Galicia. A provincia de Pontevedra no periodo 1875-1936», en L. Fernández Prieto (ed.), *op. cit.*, 2000, pp. 405-440.

<sup>31</sup> L. Fernández Prieto, «Las transformaciones económicas», en J. De Juana y J. Prada (coords.), *op. cit.*, 2005, pp. 141-167. También en *Labregos con ciencia. Estado, sociedade e innovación tecnolóxica na agricultura galega, 1850-1930*, Xerais, Vigo, 1992.

arrendatario en propietario, *dono de seu*. Por otro, la adopción de significativas innovaciones tecnológicas a las que ya hemos aludido y, por último, la plena mercantilización de la economía campesina, como también hemos adelantado.

La desaparición definitiva del contrato de foro no se produjo hasta bien entrado el Novecientos, con la ley de Redención foral de 1926, aunque las presiones para su liquidación fueron constantes durante todo el siglo XIX. Según aquella, los arrendatarios habrían de pagar una pequeña cantidad de dinero al rentista (*fidalgo* en general arruinado, como vimos, tras la crisis finisecular) para recuperar el dominio pleno. Pero fue en la práctica un proceso cargado de tensiones sociales, en donde destacó el papel de los aldeanos, en muchos casos amparados en asociaciones antiforales. A nadie se le escapan, pues, las consecuencias derivadas de esta ley, que consolidó definitivamente la pequeña propiedad agraria y a su vez la opción ganadera del sector primario<sup>32</sup>.

El cambio técnico en el mundo rural se produjo claramente desde una doble instancia. Por un lado, la de la sociedad civil, pero también desde las políticas que el Estado implementaba en Galicia, en un intento por convertirla en una reserva ganadera para el mercado español. En este sentido, cabe señalar que ya desde finales del siglo XIX se creó una infraestructura institucional de orientación marcadamente innovadora. En 1888 se estableció en A Coruña la Granja agrícola, una entidad experimental que se completó más adelante con la instalación de una serie de estaciones y campos de experiencias de ámbito comarcal, la reforma de las antiguas secciones agronómicas, la creación de inspecciones provinciales de higiene pecuaria (1911) y, por último, la constitución de centros especializados de investigación. La red creada por el Estado integraba, así, experimentación y difusión de la cultura innovadora entre los campesinos. Por su parte, la intervención de la sociedad civil que completó y amplió la actuación del Estado, articuló en la práctica a través de sociedades y sindicatos agrícolas la aplicación de las mejoras anteriores, la adquisición de fertilizantes, semilla, maquinaria y utillaje. En 1932, Galicia disponía del 35% de los arados de desfonde, del 13 de los de vertedera giratoria, del 22 de los motores de gasolina y el 16 de las máquinas trilladoras, lo que en el conjunto español equivalía al 10% de la maquinaria

---

<sup>32</sup> R. Villares Paz, *op. cit.*, 1987; X. Balboa López, «La propiedad de la tierra en la Galicia contemporánea», en J. de Juana y J. Prada (coords.), *op. cit.*, 2005.

y aparejos existentes. El 22% de la superficie cultivada estaba fertilizada con abono mineral. Esta incorporación de la tecnología explica en gran parte las mejoras en la productividad de las que hablábamos atrás. Con todo, fue el subsector ganadero el que experimentó las mayores mudanzas: mejoras en la higiene pecuaria y en el control de enfermedades y la creación de una raza de ganado polivalente —trabajo, carne y leche—, la llamada vaca *rubia*, entre otras<sup>33</sup>.

La tercera de las grandes transformaciones efectuadas en el sector primario gallego se introdujo con la mercantilización de la economía agraria que afectó tanto a la venta de su producto final (vacuno y madera, sobre todo) como de sus *inputs*, especialmente maquinaria y abonos. Este acercamiento cada vez mayor al mercado no lo ejecutaron grandes empresas, sino las propias unidades campesinas, apoyadas en muchos casos en el capital procedente de la emigración americana, y más tarde a partir de determinadas asociaciones, como sindicatos agrarios y cooperativas de consumo, algunas de las cuales subsistieron hasta la posguerra<sup>34</sup>.

El primer sector que entró por la vía industrial en Galicia, como vimos, fue el llamado complejo marítimo, un conjunto de actividades donde la conserva del pescado ocupaba una posición central, pero que al tiempo introdujo encadenamientos productivos (*linkages*) hacia adelante y hacia atrás: pesca de altura, astilleros, metalurgia y envases, litografía o aserraderos mecánicos. El agotamiento de las plataformas costeras y el crecimiento del consumo de pescado en fresco en España estimularon a que los navíos acudieran a caladeros más alejados (Grand Sole, Terranova), lo que a su vez alentó a la construcción naval, que inició la transición de la vela al vapor. Algunos empresarios conserveros arriesgaron sus capitales, lo que permitió el nacimiento de los primeros astilleros en la ría de Vigo (Barreras, 1892). Todos estos encadenamientos incentivaron a su vez a la altura de los años 20 a cientos de emprendedores, algunos de los cuales mantenían ya un fuerte grado de concentración vertical en sus firmas, que comenzaron una expansión por el litoral español, en especial en Andalucía y Canarias. Eran empresas que conservaron su razón social en la Gali-

---

<sup>33</sup> Fernández Prieto, *op. cit.*, 1992.

<sup>34</sup> A. Martínez López, *Cooperativismo y transformaciones agrarias en Galicia: 1886-1943*, MAPA, Madrid, 1995; L. Fernández Prieto, «Represión franquista y desarticulación social en Galicia. La destrucción de la organización societaria campesina, 1936-1942», *Historia social*, núm. 15, 1993, pp. 49-70 y L. Domínguez Castro, «Agrarismo y sociedad campesina en Galicia», en J. de Juana y J. Prada (coords.), *op. cit.*, 2005, pp. 461-491.

cia meridional y Vigo se convirtió en aquellos momentos en la capital industrial de la comunidad. Muchas de estas iniciativas estuvieron en gran parte financiadas por la banca local<sup>35</sup>.

Mientras que el siglo XIX fue el de la formación de la banca gallega, durante el primer tercio del XX se operó su consolidación. Por un lado se crearon las tres mayores entidades de crédito, el Banco de Vigo, el segundo Banco de La Coruña y el Pastor. Pero al tiempo, constituían también instituciones que realizaron una apuesta decidida por la inversión industrial directa. Por otro lado, se produjo una continuidad y ampliación de la red de comerciantes-banqueros que pasaron a denominarse casas de banca.

### Cuadro VI

Inversiones de los principales bancos gallegos entre 1920 y 1935  
(porcentajes sobre inversiones totales)

| Firma              | Años de actividad | Inversiones cartera | Inversiones directas |
|--------------------|-------------------|---------------------|----------------------|
| Banco de Vigo      | 1920-1923         | 19,5                | 80,5                 |
| Banco de La Coruña | 1920-1935         | 59,9                | 40,1                 |
| Banco Pastor       | 1922-1935         | 59,1                | 40,9                 |

*Fuente:* J.V. Arroyo Martín, *Banca y Mercados en España, 1920-1960: Galicia*, Archivo Histórico BBVA, Bilbao, 1999.

El Banco de Vigo fue el más madrugador de los intermediarios financieros en el siglo XX: se creó en 1900. Su capital social comenzó con 3 millones de pesetas y se elevó hasta 10 millones en 1921. Entre sus accionistas más significados figuraron sociedades muy conocidas del complejo marítimo, como los Barreras, Massó y otros. Se caracterizó por una apuesta decidida por la banca mixta, muy volcada hacia la inversión industrial directa, cuyos accionistas no hubieran podido acometer por separado. El cuadro VI muestra la evidencia de esta preferencia, muy superior en el Banco de Vigo a la inversión en cartera. Su lectura nos revela también la estrategia que diferenciaba a los financieros del sur (Vigo) de los del norte (Co-

<sup>35</sup> Giráldez Rivero, *op. cit.*, 1996.

ruña y Pastor). Mientras que en el primer caso era muy elevada (80,5%) la inversión directa, en los del norte estaba muy equilibrada.

La neutralidad española en la I Guerra mundial brindó magníficas oportunidades para los negocios del complejo marítimo, de modo que el Banco de Vigo multiplicó sus beneficios por 9 entre 1915 y 1919. Esto explica su agresiva política de sucursales en toda Galicia (15 nuevas entre 1919 y 1923), pero la crisis de la posguerra mundial le sorprendió con un gran pasivo en moneda extranjera, que se devaluó, sin poder sostener además un número tan elevado de sucursales. Estas y algunas otras cuestiones nunca aclaradas provocaron una suspensión de pagos de la entidad en 1925<sup>36</sup>, comprometieron de este modo la continuidad de pequeñas empresas navieras y aseguradoras, cuyo mercado fue ocupado por firmas vascas y catalanas, y debilitaron sobre todo el acceso al crédito de los industriales del sur, al tiempo que confirmaron a Coruña como la capital financiera de la comunidad<sup>37</sup>.

El siguiente en emerger fue la segunda versión del Banco de La Coruña. Registrado en 1917 con un capital social de 5 millones de pesetas, se elevó a 10 en 1921. En realidad, se trataba de la continuidad del grupo que ya había formado el primer banco coruñés y más adelante el Crédito Gallego, empresarios vinculados al comercio local y al entorno portuario. Su estrategia de expansión mantuvo ese carácter mixto, similar a la del Banco de Vigo, pero menos agresiva en inversiones industriales directas. La I Guerra mundial le brindó también oportunidades de beneficio, pero actuó con mayor cautela en la creación de sucursales. Soportó mejor la crisis de la posguerra porque su participación era menor, de modo que cuando retornó la euforia inversora de la segunda mitad de los años 20, duplicaba ya la partida de recursos ajenos y la cartera de valores, mientras que sus sucursales rozaron la cifra de 30 en 1931. El tercero de los bancos, el Pastor, constituía en realidad una continuidad del antiguo comerciante banquero y casa de banca local en el siglo XIX Sobrinos de J. Pastor. No se formalizó como sociedad anónima hasta 1925, tras la alianza de las tres ramas familiares, los

---

<sup>36</sup> J.A. Alonso, «La banca y la economía gallega en el primer tercio del siglo XX», en M. Tuñón de Lara (ed.), *España 1898-1936: estructuras y cambio*, Madrid, 1984, pp. 189-236.

<sup>37</sup> X. Carmona Badía, «Galicia: Minifundio persistente industrialización limitada», en L. Germán, E. Llopis, J. Maluquer de Motes y Santiago Zapata (eds.), *Historia económica regional de España, siglos XIX y XX*, Crítica, Barcelona, 2001, pp. 13-45.

Pastor, los Barrié y los Tenreiro. Este cambio obedeció a la intención de separar las actividades financieras del resto del negocio: industrias, consignatarias y otros servicios.<sup>38</sup> Su estrategia consistió en captar pasivo a elevados tipos de interés entre la emigración americana, que luego invertía en el mercado gallego. Y logró mantener también ese equilibrio entre inversiones directas y en cartera, aunque las cifras absolutas doblaron a las de sus competidores<sup>39</sup> y le convirtieron en el sexto banco español. Sin embargo, el Pastor no supo aprovechar las ventajas que le otorgaba la Ley Cambó (1921) que, entre otras cosas, impulsó la expansión extrarregional a través de sucursales en el mercado peninsular. La compra de entidades a determinados comerciantes-banqueros acreditó esta preferencia por la región, sobre todo en el sur de la comunidad desde 1925, donde substituyó en gran medida al Banco de Vigo, cuya sede central adquirió.<sup>40</sup>

Con todo, la mayor relevancia del sector financiero regional residió en la creación en torno a estos tres bancos (dos, a partir de 1921) de una constelación de empresas, que iban desde productoras y distribuidoras de electricidad a la minería, pasando por el complejo marítimo, los servicios públicos, el turismo de salud y la construcción en todo el territorio gallego, como puede evidenciarse en el cuadro VII. Resultaba hasta cierto punto habitual, dado que disponían de un mayor poder de penetración en el mercado (sucursales) que el resto de la banca, mantenían un mayor arraigo en el país por la estrecha relación que sostenían con las empresas y, obviamente, la proximidad de sus sedes centrales les conferían una mayor agilidad en la toma de decisiones.<sup>41</sup> Pero esta predilección por el espacio regional tuvo también sus costes, por la autolimitación que supuso su renuncia al español, como hemos visto.

---

<sup>38</sup> E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, «La supervivencia de los comerciantes-banqueros coruñeses en un marco de creciente competencia: estrategias y resultados (1840-1936)», *Revista Galega de Economía*, 17, núm. 1, 2008, pp. 1-32.

<sup>39</sup> J.A. Alonso, *op. cit.*, 1984.

<sup>40</sup> E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, *op. cit.*, 2008. Sobre los orígenes y desarrollo del Pastor existe abundante bibliografía. Véanse entre otros los trabajos de A.F. Losada Álvarez, «Pedro Barrié de la Maza (1888-1971)», en E. Torres (ed.), *Los empresarios españoles del siglo xx*, Lid Editorial, Madrid, 2000; M.T. Burés Miguens, «José Pastor Horta (1820-1877)», en X. Carmona Badía (coord.), *Empresarios de Galicia*, Fundación Galicia-Empresa/Fundación Caixa Galicia, A Coruña, 2006, pp. 86-107 y L. Alonso Álvarez, E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, «El grupo Pastor, 1764-2006», *op. cit.*, 2008.

<sup>41</sup> E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, *op. cit.*, 2008.

**Cuadro VII**

## Inversiones directas en sociedades de los tres bancos gallegos en 1923

| Grupo bancario     | Nombre de la sociedad                | Domicilio social  | Inversión  |
|--------------------|--------------------------------------|-------------------|------------|
| Banco Pastor       | General Minera de Galicia            | Lugo              | 300.000    |
|                    | Soc. General Gallega de Electricidad | A Coruña          | 28.000.000 |
|                    | Fábricas Coruñesas Gas Electricidad  | A Coruña          | 9.000.000  |
|                    | Aguas de La Coruña                   | A Coruña          | 2.500.000  |
|                    | Compañía de Tranvías de La Coruña    | A Coruña          | 3.526.300  |
|                    | Aguas Mondariz e Hijos de Peinador   | Mondariz          | 4.500.000  |
|                    | Sociedad Anónima La Toja             | Pontevedra        | 806.000    |
|                    | Tranvías Eléctricos de Pontevedra    | Pontevedra        | 1.985.000  |
|                    | Caleras de Valdeorras                | O Barco (Ourense) | 1.000.000  |
| Banco de La Coruña | Aguas de La Coruña                   | A Coruña          | 2.500.000  |
|                    | Compañía de Tranvías de La Coruña    | A Coruña          | 3.526.000  |
|                    | Fábricas Coruñesas Gas Electricidad  | A Coruña          | 9.000.000  |
|                    | Cooperativa Eléctrica Coruñesa       | A Coruña          | 2.000.000  |
| Banco de Vigo      | Abastecimientos de Aguas de Vigo     | Vigo              | 1.500.000  |
|                    | Sociedad Anónima La Toja             | Pontevedra        | 806.000    |
|                    | Fábricas Coruñesas Gas Electricidad  | A Coruña          | 9.000.000  |
|                    | Soc. General Gallega de Electricidad | A Coruña          | 28.000.000 |
|                    | Electra Popular de Vigo y Redondela  | Vigo              | 5.000.000  |
|                    | Hijos de J. Barreras                 | Vigo              | 4.000.000  |
|                    | Tranvías Eléctricos de Vigo          | Vigo              | 5.000.000  |
| La Metalúrgica     | Vigo                                 | 1.250.000         |            |

Fuente: J.A. Alonso, *op. cit.*, 1984.

Veamos ahora el segundo de los pilares sobre los que se fundamenta el sistema financiero del primer tercio del siglo XX, las casas de banca<sup>42</sup>. Contra todo pronóstico, los comerciantes banqueros del Ochocientos no desaparecieron con la llegada de las sociedades anónimas, sino que se consolidaron y aumentaron su número. En conjunto, alcanzaron entre

<sup>42</sup> J.A. Alonso, *op. cit.*, 1984

una cuarta y una quinta parte del negocio y en 1923 el Banco de España había censado a 144, un número muy elevado pese a que incluía sucursales y corresponsalías<sup>43</sup>. Estas casas de banca se caracterizaron por mantener una pequeña escala y una gran dispersión, de modo que cubrían la totalidad del territorio, dado que los tres grandes no podían competir con ellos en costes de explotación, lo que les confería una elevada rentabilidad. Ubicaron su mercado sobre todo, aunque no exclusivamente, en el espacio campesino y proporcionaron crédito para la compra de maquinaria, fosfatos, redención de foros y de hipotecas a la emigración, etc., negocio en el que compitieron sin duda con las cajas rurales, las cooperativas y las sociedades de socorros mutuos que se extendieron también por la Galicia rural en este primer tercio de siglo<sup>44</sup>. Sin embargo, en vísperas de la Guerra civil, la caída del negocio de la emigración, la mayor complejidad de las operaciones financieras y el aumento de la competencia hicieron entrar a las casas de banca en una profunda crisis, visible ya desde la I Guerra mundial. Algunas resistieron la dureza de la posguerra civil y lograron sobrevivir en el mercado rural hasta alcanzar los años 60, cuando fueron absorbidas por la gran banca española (Obanza, Núñez) o se convirtieron definitivamente en sociedades anónimas (Olimpio Pérez, Simeón y Echevarría)<sup>45</sup>. Por último, junto a las pequeñas casas de banca, se ha de subrayar también el papel desempeñado en la financiación popular por las cajas de ahorros. Estas entidades de crédito habían nacido en el siglo XIX como instituciones benéficas. En esta época, sin embargo, modificaron su función y se convirtieron en organismos de intermediación<sup>46</sup>.

La aparición de los primeros servicios públicos, como vimos, guardó relación con el crecimiento de las villas y ciudades, un proceso más lento y tardío que en el resto de España. Destacaron en especial la construc-

---

<sup>43</sup> V. Arroyo Martín, *op. cit.*, 1999.

<sup>44</sup> Véanse L. Fernández Prieto, *Terra e progreso: historia agraria da Galicia contemporánea*, Ed. Xerais de Galicia, Vigo, 2000; M. Vilar Rodríguez, «La cobertura social al margen del Estado: asociacionismo obrero y socorros mutuos en Galicia (c.1839-1935)», *Revista de la Historia de la Economía y de la Empresa*, 4, 2010; y, para el conjunto español, S. Martínez-Rodríguez y Á.P. Martínez Soto, «Los pioneros del cooperativismo agrario de crédito español (1880-1920)», *CIRIEC-España. Revista de economía pública, social y cooperativa*, 63, 2008.

<sup>45</sup> E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, *op. cit.*, 2008.

<sup>46</sup> J.C. Maixé (dir.), E. Lindoso y M. Vilar, *El ahorro de los gallegos. Orígenes e historia de Caixa Galicia (1876-2002)*, Fundación Caixa Galicia, A Coruña, 2003; y L. Alonso, E. Lindoso y M. Vilar, «Caixa Galicia, 1876-2006», *op. cit.*, vol. II, 2008, pp. 31-63.

ción de conducciones de gas, agua y alcantarillado, el transporte urbano e interurbano y, ya más tardíamente, la electricidad. En general, los servicios públicos necesitaron de elevadas inversiones y de cierta sofisticación tecnológica, algo que no podían ofrecer los ayuntamientos, entidades depositarias del servicio. De ahí que se hicieran concesiones significativas a la iniciativa privada. La implementación de estos primeros servicios públicos experimentó un mayor crecimiento en las ciudades de Vigo y A Coruña —pero también en Pontevedra, Ferrol, Lugo y Ourense—, en donde se crearon las mayores empresas de la comunidad, dada la necesidad de economías de aglomeración para su rentabilidad, algo que era difícil en el resto de la comunidad, con población muy dispersa y modestos niveles de ingreso. Algunas de estas iniciativas procedían en España de inversiones extranjeras (francesas, británicas y belgas), con mayor experiencia y recursos financieros, técnicos y de gestión. Sin embargo en Galicia, donde la escala del mercado era menor, por lo general hubieron de asumir los costes de construcción de infraestructuras, como vimos, determinados grupos locales vinculados a la banca regional.

Las primeras sociedades de servicios públicos fueron las gasísticas, ya desde mediados del siglo XIX, con tecnología y capital francés<sup>47</sup>. Hacia fines de la centuria se difundió la electricidad por ciudades y villas a partir de pequeñas firmas vinculadas a la banca regional. Y a principios del Novecientos aparecieron en A Coruña las primeras sociedades de transporte público (tranvías), interurbano<sup>48</sup> y el abastecimiento de aguas. En Vigo, el desarrollo del complejo marítimo derivó también en la creación de servicios financiados por la banca regional. En 1914 se creó la compañía de tranvías que, en vísperas de la guerra civil, alcanzaba ya a las poblaciones vecinas donde residía la mano de obra de las fábricas de conserva y astilleros<sup>49</sup>. Entre la I Guerra mundial y 1936 se generó, sobre todo en A Coruña, un proceso

---

<sup>47</sup> A. Martínez (coord.), J. Mirás Araujo y Elvira Lindoso Tato, *La industria del gas en Galicia: del alumbrado por gas al siglo XXI, 1850-2005*, Lid, Madrid, 2009, *passim*.

<sup>48</sup> L. Alonso Álvarez, E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, «Castromil S.A., 1918-2006», *op. cit.*, vol. II, 2008, pp. 167-183.

<sup>49</sup> A. Martínez López y C. Piñeiro Sánchez, «Empresas e servicios públicos: a creación dunha infraestrutura de transporte urbano, A Coruña 1876-1925», *Revista Galega de Economía*, vol. 10, n.º 1, 2001, pp. 249-278; J. Mirás Araujo, «Tram layout and economic location in Coruna, 1914-1960». *The International Conference on the History of Transport, Traffic and Mobility*, University of Technology, Eindhoven, 2003, edición en CD-ROM; y A. Martínez López, C. Piñeiro Sánchez y C.F. Velasco Souto, *Compañía de Tranvías de La Coruña (1876-2005)*, *Redes de transporte local*, Lid, Madrid, 2006.

de concentración empresarial que no se consumaría hasta la posguerra. El proceso resultó muy relevante en el sector eléctrico<sup>50</sup>. La hidroelectricidad y, sobre todo, su transporte a distancia abarató costes y amplió el mercado hacia la tracción y los motores, por lo que dejaron de ser imprescindibles las numerosas y pequeñas estaciones eléctricas y acabaron imponiéndose las grandes y menos numerosas. Todo ello exigió de inversiones más elevadas, lo que estimuló los procesos de integración horizontal. En menor medida, estas integraciones se produjeron también en los servicios de traída de aguas y transporte urbano, siempre con el patrocinio de la banca regional<sup>51</sup>.

A completar este proceso de modernización de la economía regional contribuyó también, aunque en menor medida, la intervención del Estado a través de actuaciones estratégicas. Ya hemos hablado como a comienzos del siglo XIX se había creado la fábrica de tabacos de A Coruña, dependiente en aquellos momentos del ministerio de Hacienda. Pues bien, la acción privatizadora de los gobiernos de la Restauración durante el último tercio de la centuria obligó al arriendo de los activos tabaqueros en España, entre ellos los existentes en la ciudad herculina. De ese modo, tras la creación de la Compañía Arrendataria en 1887 como administradora del monopolio, la fábrica coruñesa pasó a integrarse en ella y a funcionar desde entonces con criterios puramente comerciales, lo que la obligó a modernizar sus instalaciones y a convertirse en un centro fabril modélico que proporcionó trabajo a unas 4 mil cigarreras, sin duda la empresa de mayor número de empleos entonces en la comunidad. La nueva factoría disponía a principios del siglo XX de maquinaria de última generación, movida por electricidad, con innovaciones en las comunicaciones (telégrafo, teléfono, conexiones ferroviarias) y en el saneamiento urbano. El producto de mayor calidad salido de los obradores herculinos fueron los *farias* coruñeses, cigarros puros semi industriales y de gran demanda en el mercado peninsular hasta la segunda mitad del Novecientos<sup>52</sup>. El segundo de los activos del Estado en Galicia estuvo conformado por la Sociedad Española de Construcción Naval (SECN), heredera de los astilleros militares ferrolanos creados a mediados del siglo XVIII, pero ahora una empresa mix-

---

<sup>50</sup> J. Carmona Badía y J. Pena Espinha, «As orixens do sector eléctrico na Galiza, 1888-1936», *Agália* (monográfico «Cuatro estudos de historia económica de Galiza»), A Coruña, 1985, pp. 33-49.

<sup>51</sup> A. Martínez López, coord., *Las venas incesantes. Abastecimiento de agua y gestión empresarial en A Coruña, 1850-2000*, Lid, Madrid, 2004.

<sup>52</sup> L. Alonso Álvarez, *op. cit.*, 2001.

ta participada por la firma británica Vickers y el capital público. Su carga de trabajo mayoritaria consistió sobre todo en la reposición de una nueva flota de guerra, tras el desastre naval derivado del enfrentamiento con la marina de guerra americana en el conflicto de 1898<sup>53</sup>.

#### 4. La ruptura de la posguerra y el primer franquismo, 1940-1959

La guerra civil constituyó para la economía regional una oportunidad de negocio, pese a sus muchos aspectos negativos, como la sobreexplotación del tejido productivo, la represión y el capital de sufrimiento para una parte significativa de la población. Galicia quedó adscrita desde el principio a la facción franquista, lo que la benefició como productora de alimentos frescos (carnes, huevos, patatas y otros) y conservas —la lata era uno de los integrantes de la ración del soldado. A esto se ha de añadir la elaboración de bienes de consumo de elevada inelasticidad, como el tabaco —en tiempos de guerra, la demanda de tabaco se multiplica en los frentes (entre un 60 y un 70%) y entre la población civil (entre un 15 y un 20%)—<sup>54</sup>, cuya única fábrica en territorio alzado se situaba en A Coruña. Alimentos y tabaco, adquiridos a particulares y empresas, abastecieron al ejército franquista y a la población civil de las ciudades que ocupaba.

Por su parte, la industria experimentó también una transformación de alto alcance. Las factorías de envases metálicos para la conserva fueron reconvertidas fácilmente en fábricas de granadas y los astilleros comenzaron a fabricar bombas para la aviación, proyectiles de mortero, depósitos de agua y de combustible y todo tipo de elementos blindados<sup>55</sup>. Con la incautación de los activos de la SECN, se construyó una marina de guerra de la que carecía el ejército de Franco. El círculo se cerró con la creación

---

<sup>53</sup> A. Lozano Courtier, «De empresa pública a empresa privada: la gestión de los Arsenales del Estado, 1870-1936», en F. Comín y P. Martín Aceña, *La empresa en la Historia de España*, Civitas, Madrid, 1996, pp. 369-382; y «Estado, importación de tecnología y nacionalización de la construcción naval militar española: la SECN, 1909-1935», en S. López García y J.M. Valdaliso (eds.), *¿Que inventen ellos? Tecnología, empresa y cambio económico en la España contemporánea*, Alianza Editorial, Madrid, 1997.

<sup>54</sup> Informe del *War Industries* norteamericano en 1918, citado por F. Comín y P. Martín Aceña, *Tabacalera y el estanco del tabaco en España, 1636-1998*, Fundación Tabacalera, Madrid, 1999, p. 354.

<sup>55</sup> X. Carmona y J. Nadal, *El empeño industrial de Galicia. 250 años de historia, 1750-2000*, Fundación Pedro Barrié de la Maza, A Coruña, 2005, pp. 242-244.

de la Fábrica de Armas de A Coruña, en realidad, una deslocalización de la de Oviedo tras la toma de la capital por los alzados, que les proporcionó armas cortas y cartuchería de las que apenas disponían. La economía de guerra resultó así muy favorable para la comunidad, que distribuía sus productos en los frentes, en las ciudades conquistadas por las tropas de Franco y, además, en Alemania, convertida en su principal cliente exterior, con la consiguiente contraprestación en divisas<sup>56</sup>.

Recientemente se ha realizado una investigación sobre el comportamiento de las empresas gallegas durante la contienda<sup>57</sup>, que emplea información de los registros mercantiles y la contribución extraordinaria de guerra. Los resultados obtenidos se muestran concluyentes. Como suministradoras de alimentos, material de guerra y sanitario para el ejército franquista, destacaron las conserveras, cuyos trabajadores hubieron de realizar jornadas laborales de 22 horas; las metalúrgicas (que en parte, reorientaron su negocio hacia la fabricación militar) y las textiles, que produjeron gasas y vendas, logrando liquidar de este modo sus *stocks*. Galicia fue considerada por los franquistas desde comienzos de la contienda como su almacén y despensa de alimentos (carne, pescado, patatas), que accedían al mercado a través de ferrocarril y barco, y a la propia Alemania a punto de entrar en la II Guerra mundial. Creció además significativamente el número de sociedades en Vigo y A Coruña, pese a no disponerse de datos sobre emprendedores individuales, que aumentarían aún más el listado, en especial en el comercio mayorista y minorista (50%), industria y minería (wolframio)<sup>58</sup>.

Pero las oportunidades que la guerra brindó a las empresas y al conjunto de la economía quedaron agotadas a partir de 1940. La posguerra, con su dramática caída de la renta, del consumo y la inversión y, sobre todo, con la excesiva intervención del nuevo Estado, indujo una gravísima contracción<sup>59</sup>.

---

<sup>56</sup> *Ibidem*.

<sup>57</sup> M. Vilar Rodríguez y E. Lindoso Tato, «El negocio de la Guerra civil en Galicia, 1936-1939», *Revista de Historia Industrial*, 39, año XVII, 2009, pp. 132-170.

<sup>58</sup> *Ibidem*.

<sup>59</sup> C. Barciela López, «Guerra civil y primer franquismo (1936-1959), en F. Comín, M. Hernández y E. Llopis (eds.), *Historia económica de España. Siglos x-xx*, Crítica, Barcelona, 2002, pp. 331-367; C. Barciela, M.I. López, J. Melgarejo y J.A. Miranda, *La España de Franco (1939-1975). Economía*, Síntesis, Madrid, 2001; J. Catalán, *La economía española y la segunda guerra mundial*, Ariel, Barcelona, 1995; P. Martín Aceña y F. Comín, *INI: 50 años de industrialización en España*, Espasa Calpe, Madrid, 1991; y M.J. González, *La economía política del franquismo (1940-1970). Dirigismo, mercado y planificación*, Tecnos, Madrid, 1979.

Esta política intervencionista y nacionalista resultó así funesta para la situación del país gallego porque frenó, por un lado, el proceso de mercantilización del sector agropecuario como veremos, y por otro, provocó un derivación contradictoria en la evolución del complejo marítimo, tan dependiente de los encadenamientos. De este modo, la situación macroeconómica apuntaba a una pérdida paulatina del peso relativo de Galicia en el conjunto español, cuando la situación de la etapa anterior era de franca recuperación. Si en 1940 alcanzaba en el conjunto del PIB español el 7,16%, en 1950 había descendido a 6,62 y en 1960 a 5,59<sup>60</sup>.

El sector primario se manifestó como el primer afectado. La agricultura experimentó las consecuencias del intervencionismo económico en la caída de la importación de *inputs* (fertilizantes químicos, maquinaria), para un campo que hasta entonces había mantenido productividad creciente, ante el control de las divisas por parte del Instituto de moneda extranjera. La resolución derivó en la ruptura de la red de los *backward linkages* que se habían introducido en el sector y en el retroceso hacia fórmulas de autoconsumo abandonadas desde finales del siglo XIX. La ganadería, por su parte, obtuvo peores resultados tanto por la escasez de forraje (condicionada por la ruptura de los encadenamientos anteriores) y el temor de los campesinos a las requisas de la posguerra —lo que provocó una reducción de la cabaña y del tamaño medio de los animales destinados al matadero—, como por la llegada de carne argentina, que originaron una caída en los precios pecuarios. Con todo, fue el sector forestal el que padeció en mayor medida los efectos de las políticas económicas franquistas. Sin apenas productos de exportación que le proporcionasen las necesarias divisas para adquirir importaciones estratégicas, el régimen decidió buscarlas en la madera de los montes de la comunidad, jurídicamente muy vulnerables por la indefinición que experimentaban los derechos de propiedad desde la desamortización de Madoz. En efecto, el traslado de los bienes comunales a los municipios en 1852 había originado un estado de franca rebelión en el campo gallego, al punto de que la administración se había visto incapaz de ejecutar la ley desamortizadora, y que permitió la continuidad de los predios en manos de los campesinos<sup>61</sup>.

---

<sup>60</sup> R. Álvarez Llano, «Evolución de la estructura económica regional de España en la historia: una aproximación», *Situación*, 1, 1986. Citado por J. Carmona Badía, «La economía del siglo XX: una panorámica», *Papeles de Economía Española*, monográfico *Economía de las comunidades autónomas. Galicia*, 1996, p. 8.

<sup>61</sup> X. Balboa, *O monte en Galicia*, Ed. Xerais, Vigo, 1993.

El franquismo aprovechó la ley decimonónica para apropiarse del monte —en parte comunal—, cuyos vecinos no podían demostrar documentalmente su posesión, a través de la firma de convenios con unos ayuntamientos y diputaciones adictos. De ese modo, llegaron a expropiarse un total de 473 hectáreas de suelo, de las que se repoblaron 291, un 14 y un 10% en relación con la superficie<sup>62</sup>. El resultado, en su conjunto, fue la paralización del progreso del sector agropecuario y forestal gallegos, cuya productividad había acrecentado el empeño de la población campesina, y el retroceso de las explotaciones familiares hacia ocupaciones de subsistencia.

Por lo que respecta al complejo marítimo (la conserva y sus encadenamientos), el desenlace fue ambivalente, como veremos. Favoreció algunas actividades pero perjudicó a otras, entre ellas la conserva, que había sido el elemento articulador de la industrialización del complejo marítimo. La Guerra civil había constituido un estímulo de primera magnitud para la pesca y las empresas armadoras, tanto por los suministros al ejército franquista como por su comercialización en poblaciones ocupadas. El régimen había establecido cotizaciones mínimas para la compra del pescado fresco, lo que evitó la caída de los precios por las buenas capturas alcanzadas, pero al tiempo autorizó una relativa libertad en su distribución,<sup>63</sup> lo que provocó que los armadores obtuviesen unos beneficios extraordinarios durante los años de la guerra, como acreditan los estudios realizados.<sup>64</sup> Por su parte, los astilleros experimentaron también una relevante mejoría impulsados por la Ley de crédito naval (1940), creada para reparar las pérdidas de guerra soportadas por los armadores. La oportunidad de solicitar préstamos al Instituto de crédito para la reconstrucción naval con cargo a los fondos de la ley y a un tipo de interés muy bajo (2%), a devolver a largo plazo (hasta 20 años para los buques de altura de nueva construcción) y sin garantía hipotecaria, se tradujo en una carrera de encargos a los astilleros para la renovación de la flota pesquera. De ese modo se generalizaron los barcos con casco metálico y la substitución de la tracción por carbón a combustible líquido. Al calor de la Ley de crédito naval crecieron significativamente algunos astilleros vigueses (Barreras, Vulcano) y se construyó *ex novo* el

---

<sup>62</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 1996; y E. Rico Boquete, *Política forestal e repoblación en Galicia (1941-1971)*, Universidad de Santiago, Santiago, 1995.

<sup>63</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 2001.

<sup>64</sup> M. Vilar Rodríguez y E. Lindoso Tato, *op. cit.*, 2008.

de ASTANO en Ferrol, que se especializó en la construcción de buques financiados con ella<sup>65</sup>.

Tras el periodo de abundancia de pesca, se produjo un agotamiento de la plataforma continental que obligó a los armadores a la búsqueda de nuevos caladeros, cada vez más alejados. Pero la lejanía obligaba a disponer de barcos de mayor capacidad y potencia, por lo que algunos astilleros (Barreras) comenzaron a introducir los motores diesel en nuevas y viejas embarcaciones. De ese modo, aumentó la presencia de los pesqueros gallegos en el Grand Sole y en los caladeros norteafricanos y, sobre todo, significó el comienzo de la extracción del bacalao en Terranova (Canadá), donde ya faenaban navíos franceses, portugueses, ingleses e islandeses. Esto exigió la creación de empresas especializadas, como Pesquerías Españolas del Bacalao (PEBSA), establecida en A Coruña en 1933 (pero sin actividad hasta 1942), Compañía de Pesca e Industria del Bacalao (COPIBA), registrada en 1944 en Vigo, con capital catalán y gallego, y Pesquerías y Secaderos de Bacalao de España (PYSBE), creada en 1926 en Pasajes de San Juan, una firma de capital vasco que estableció factoría en Ferrol en 1945<sup>66</sup>. Era el arranque de la gran flota de altura. Por su parte, la industria frigorífica resultó también favorecida por la legislación del crédito naval, dado que la distancia de los nuevos caladeros exigía también una mayor demanda de hielo. De ese modo, comenzaron a operar en el puerto de Vigo sociedades como Frigo Vigo y Moto-pesqueros de Altura Reunidos (MAR).

Al finalizar los años 40 se iniciaron, sin embargo, los primeros problemas. Por un lado, los derivados de los rendimientos decrecientes en el Grand Sole, que se hallaba saturado de barcos de todas las nacionalidades por encontrarse los irlandeses en guerra. Por otro, la pérdida de pedidos por parte de los astilleros, al empeorar las condiciones en los caladeros, que comenzaron a atravesar dificultades financieras. La situación afectó también a la industria frigorífica por los encadenamientos señalados. La solución que había de romper el círculo vicioso estaba en la búsqueda de nuevos caladeros, de modo que una parte de la flota de altura se estableció en puertos canarios, desde donde tendría acceso a las pesquerías norteafricana-

---

<sup>65</sup> J. Giráldez, *op. cit.*, 1996 y *De las Rías a Terranova: la expansión de la pesca gallega (1880-1950)*, Industrias Pesqueras, Vigo, 1997.

<sup>66</sup> R. García Orellán, «Rumbo al Gran Banco: una etnohistoria de la pesca industrial del bacalao en los bancos de Terranova», *Revista del Instituto de Estudios Vascos*, 51-2, 2006, pp. 577-592.

nas, mientras que la otra se especializó en la pesca del bacalao en Terranova y se sumó a la que ya estaba allí instalada. Por su parte, los astilleros superaron las dificultades mediante la construcción de navíos mayores y más potentes, pero con una oferta diversificada para no depender tan solo de la pesca de altura<sup>67</sup>.

El sector conservero había mantenido durante la Guerra civil, como vimos, su mejor coyuntura. Pero la situación cambió con la llegada de la posguerra. A las dificultades de abastecimiento de sardina se unieron las inadecuadas políticas económicas del nuevo régimen. En 1941 se decretó la intervención de las conservas por parte de la Comisaría de Abastecimientos y Transportes. Por un lado, se exigió la entrega del 60% de la producción a precios inferiores a los de mercado para garantizar el abastecimiento de la población, mientras que el resto podría venderse a precios libres en el interior y el exterior. En este último caso se precisaban licencias de exportación, cuya adquisición por parte de los fabricantes triplicaba el precio del producto final, lo que provocó que las conservas gallegas que antes de la Guerra civil se vendían en toda Europa y América, solo pudieron distribuirse en aquellos países con los que se mantenían tratados bilaterales, es decir Alemania e Italia. Por otro lado, como la industria dependía en gran medida de importaciones de hojalata y al no disponer de divisas los fabricantes, se acudió a la solución de los cupos de asignación, lo que suponía solo una pequeña parte de las necesidades de input de las fábricas. La situación empeoró tras concluir la II Guerra mundial, cuando perdimos a nuestros únicos clientes exteriores, y sobre todo con la sobrevaloración de la peseta que dificultó la comercialización en mercados alternativos. Por su parte, las ventas en el interior no pudieron abastecerse con eficacia por los continuos cortes de electricidad en las fábricas de conservas, mientras que la intervención de los precios mantuvo la incertidumbre en las empresas. La consecuencia fue la caída de la producción conservera entre 1941 y los primeros 50, un periodo en el que los desembarcos resultaron extraordinarios, y el práctico abandono de la actividad por parte de los emprendedores, carentes del estímulo para mejorar las tecnologías, incrementar la elaboración, recuperar viejos mercados y entrar en otros nuevos. De este modo, la producción libre accedió a los circuitos alternativos y al estraperlo, mientras que los conserveros resolvieron especular con los cupos, especialmente el del aceite (que compraban barato y revendían caro para

---

<sup>67</sup> J. Giráldez, *op. cit.*, 1997.

otros usos). Muchos de los fabricantes deslocalizaron sus capitales hacia la construcción inmobiliaria, interrumpiéndose además los procesos de integración vertical y horizontal iniciados en los años 20 y 30<sup>68</sup>.

El único sector que mejoró sensiblemente su situación gracias a las políticas económicas del franquismo fue el de la producción de electricidad. Antes de la Guerra civil, se había mantenido relativamente baja en Galicia (el 6% de la española), por la debilidad del mercado regional, pero tras la contienda el país se convirtió en exportador de energía eléctrica y pasó a representar una cantidad superior que alcanzó en 1960 un 12% y un 16 en 1980. La clave de esta expansión hay que situarla en la necesidad estratégica de energía (que apenas se manufacturaba y se importaba escasamente por falta de divisas), que puso en explotación nuevos saltos de agua en las cuencas del Miño, Sil y Limia. Para el transporte de electricidad, fueron seleccionadas tres firmas, una procedente de la comunidad, Fuerzas Eléctricas del Noroeste (FENOSA), con capital mayoritario del Banco Pastor y creada *ex novo* con tal objetivo, y dos exteriores, Hidroeléctrica de Moncabril (integrada en el INI) y Saltos del Sil (filial de Iberduero). La gran perdedora en esta operación sería la Sociedad General Gallega de Electricidad (SGGE), que había integrado entre los años 20 y 50 a multitud de pequeñas eléctricas y que acabaría absorbida finalmente por FENOSA<sup>69</sup>. En principio, la iniciativa constituía una excelente oportunidad de localización para empresas con necesidad de energía barata y, al mismo tiempo, una posibilidad de diversificación de un sector industrial muy concentrado en el complejo marítimo. Pero cuando en 1951 el Estado intervino el mercado eléctrico, por el que se fijaron unos precios uniformes en todo el territorio peninsular (fueran áreas productoras o consumidoras de fluido), las oportunidades se esfumaron y se mantuvo el efecto perverso de no solo desaprovechar los beneficios de localización sino también de asumir los costes sociales y ambientales de la construcción de los embalses<sup>70</sup>.

Conocemos bien poco del comportamiento de la banca durante la posguerra y lo que sabemos resulta tan solo una pintura de trazos gruesos. Por un lado, se consolidaron los dos grupos financieros, el Pastor, por su estrecha relación con el poder franquista, y el del Banco de La Coruña, muy vinculado ya al de Bilbao y por el que acabaría absorbido en la década de

---

<sup>68</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 2001.

<sup>69</sup> R. García Fontenla, *Cien años de luz eléctrica en Galicia*, Unión FENOSA, Madrid, 1990.

<sup>70</sup> X. Carmona y J. Nadal, *op. cit.*, 2005, p. 279.

los 60. Pero por otro lado, observamos el desembarco de la banca estatal. De hecho y previo a la Guerra civil, se habían establecido ya en la comunidad los bancos de Vizcaya, Bilbao y Central, pero gran parte del mercado lo monopolizaban los dos intermediarios gallegos. Con la posguerra, aumentó el negocio de los bancos españoles que creció, sobre todo, a expensas de las pequeñas casas de banca<sup>71</sup>.

El balance de la economía autárquica de la dictadura en Galicia tendría un raquítico haber, en el que figurarían los sectores de la construcción naval y las empresas eléctricas, y un abultado debe en el que aparecerían el conservero, agropecuario y forestal. El desajuste resulta aún mayor si pensamos en su distinta naturaleza. En el caso de estos últimos, mantenían unos encadenamientos significativos y consumían *inputs* propios, mientras que los primeros no disponían de tantos *linkages* y absorbían menores insumos gallegos. A su vez, unas eran de capital regional, muy competitivas antes del conflicto civil y sin ayuda pública, mientras que las otras, o estaban fuertemente participadas por capital foráneo (que no reinvertía sus beneficios en la comunidad) y recibían además fuertes apoyos del Estado (eléctricas), o no pudieron crecer sin esa ayuda pública (astilleros)<sup>72</sup>.

## 5. El final de la autarquía y la expansión de los sesenta, 1959-1973

Con la aplicación del Plan de estabilización, el régimen franquista modificó en parte su política autárquica, por lo que mejoró la economía española en los años 60, que tuvo una gran capacidad de aprovechamiento de las condiciones favorables del mercado exterior, antes desaprovechadas por las limitaciones que impusieron la política de aislamiento y la rigidez intervencionista en los 40 y los 50. Este aprovechamiento se tradujo en una ganancia de relevantes márgenes de productividad, causantes de la fuerte expansión entre 1960 y 1974. Pero no se ha de olvidar que todo ello tiene mucho de recuperación parcial de las oportunidades perdidas en las décadas anteriores<sup>73</sup>.

---

<sup>71</sup> Véase al respecto J.C. Maixé (dir.), E. Lindoso y M. Vilar, *op. cit.*, 2003.

<sup>72</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 2001, p. 33.

<sup>73</sup> E. Fuentes Quintana, «Tres decenios de economía española en perspectiva», en J.L. García Delgado (dir.), *España. Economía*, Espasa Calpe, Madrid, 1988; y J.M. Serrano Sanz y E. Pardos, «Los años de crecimiento del franquismo (1959-1975)», en F. Comín, M. Hernández y E. Llopis (eds.), *op. cit.*, 2002, pp. 369-395.

La década de los 60 se caracterizó en Galicia por un doble fenómeno. De un lado, por el crecimiento de la economía y, de otro, por el gran cambio estructural operado. Resultaron transformaciones similares a las acontecidas en el conjunto de España, pero aquí presentaron ritmos y escalas diferentes. Las mudanzas relacionadas con el crecimiento mantuvieron tan solo una importancia relativa en la medida en que únicamente permitieron recuperar el terreno perdido tras la guerra civil. Los cambios estructurales más significativos afectaron al tamaño del sector primario. Según Carmona, los gallegos dejaron de trabajar en la agricultura para ocuparse en la industria y en los servicios (desagrarización). Al tiempo, renunciaron a la aldea para vivir y trabajar en la ciudad o en la villa cercana (urbanización) y, por último, abandonaron el trabajo por cuenta propia y pasaron a depender de un trabajo para otros (asalarización). El primero de los fenómenos se percibe bien al analizar la composición social del empleo. Pasamos de un sector primario que daba ocupación al 65,3% de la población activa en 1930 a un 18,6 en 1999. Si excluimos la pesca, que se mantuvo constante en un 4%, podemos concluir que Galicia dejó de ser un país agrario. Y como a comienzos de la centuria apenas existía capacidad industrial que absorbiera el empleo que perdía el campo, se impuso la solución de la emigración a Europa o la alternativa del empleo urbano en los servicios (establecimientos comerciales, cafeterías y bares, etc.), que rebasaron el 52% (como puede advertirse en el cuadro VIII).

### Cuadro VIII

Estructura sectorial de la población activa, 1900-1999

|                     | 1900  | 1930  | 1960  | 1999  |
|---------------------|-------|-------|-------|-------|
| Agricultura y pesca | 85.89 | 65.32 | 65.90 | 18.60 |
| Industria           | 5.96  | 14.66 | 11.00 | 18.20 |
| Construcción        |       |       | 4.80  | 11.00 |
| Servicios           | 8.14  | 20.02 | 15.40 | 52.20 |

Fuente: X. Carmona Badía, *op. cit.*, 2001, p. 35.

Que en 1960 el porcentaje de población urbana resultase tan bajo (22,6%) y en 1999, casi cuatro décadas después alcanzase el 42, nos puede dar una idea de la rapidez de los cambios efectuados en materia de ur-

banización: Galicia había aguantado algo más de 200 años para que su población urbana consiguiese ese 22,6% y solo unas décadas en duplicar ese porcentaje. Fue el crecimiento más rápido de su historia. Pero este incremento no se produjo de manera uniforme en el conjunto de villas y ciudades, sino que se realizó de forma selectiva: los gallegos abandonaron las poblaciones interiores y se establecieron en el área económicamente más dinámica, la que constituye el eje Ferrol-Coruña-Santiago-Vigo. Por lo que respecta a su transformación en trabajadores asalariados, el porcentaje resulta menor que la media española. En la década de los 60, la comunidad era una tierra de agricultores por cuenta propia y tan solo un 31% lo hacían por cuenta ajena. La situación dio un vuelco espectacular en los años noventa, de modo que el porcentaje de asalariados se duplicó en tan solo cuatro décadas (67,5%)<sup>74</sup>.

Las transformaciones que afectaron al crecimiento económico impregnaron, aunque en forma desigual, a todos los sectores del PIB. En el sector primario retrocedieron las formas de autoconsumo que habían retornado con la posguerra y se posicionaron de nuevo y de manera muy rápida en la vía del mercado, de modo que, si en la década de los cincuenta no se adquiría prácticamente ningún *input* agrícola, en los noventa se pasó a hacerlo en un 40% en términos de producción final. En los sesenta se retomó también otra constante de los años previos al conflicto civil, la especialización ganadera del sector agrario, que pasó de representar un 44% a un 70 en los ochenta. Esta especialización ganadera, sin dejar de ser cárnica, se orientó también hacia la opción láctea por efecto del crecimiento de la población urbana y de la renta. De ese modo, se crearon o reconstruyeron algunas de las mayores empresas del sector, entre ellas Lacto Agrícola Rodríguez (LARSA, Vilagarcía, 1947), Complejo de Industrias Lácteas de Lugo (COMPLESA, 1965), Leyma Central Lechera (A Coruña), UTECO (Ourense) o el grupo Zeltia (Vigo, 1939) especializado en insumos.

En el sector pesquero se introdujeron también cambios significativos, tanto en la pesca de bajura como sobre todo en la de altura, donde se generalizó el uso del gasóleo y las técnicas de navegación y detección. Se creó además una flota congeladora, que eliminó la exigencia del suministro exterior de hielo, y aparecieron los grandes arrastreros, capaces de faenar en caladeros situados en aguas de otros continentes. En gran parte, estas transformaciones se financiaron con la Ley de renovación y protección

---

<sup>74</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 2001.

a la flota pesquera, de 1961, en realidad una actualización de la del crédito naval de 1940. La coyuntura financiera favorable estimuló la ocupación en los astilleros, sobre todo los de capital privado que, tras las innovaciones efectuadas en los 50, pudieron acceder al mercado internacional, donde compitieron con ventaja, y acometer un proceso de diversificación (petroleros, graneleros, cargueros) para no depender de la coyuntura pesquera. Pero la situación favoreció también a los astilleros públicos (Bazán de Ferrol) que, ante la caída de la demanda de buques de guerra, diversificó su oferta hacia grandes mercantes, turbinas eólicas y maquinaria para centrales térmicas. Surgió, además, otra actividad inducida por el agotamiento progresivo de las especies, que enlazaba también con una tradición fuertemente enraizada entre los pescadores, el cultivo de bivalvos, en especial el mejillón. Se trataba de una ocupación surgida en los años del hambre como complemento para las economías familiares y que ahora respondía a la gran demanda de la industria conservera ante el agotamiento de las especies tradicionales<sup>75</sup>.

En los sesenta podemos situar también los comienzos de la reordenación del sector conservero, el que había sido pionero de la industrialización, fuertemente dañado por las políticas autárquicas, que recuperó los niveles de producción anteriores a la Guerra civil. Esta reordenación o reestructuración vino impulsada por factores adversos. En primer lugar, la aparición de las mareas rojas del mejillón, un fenómeno entonces desconocido. Contribuyeron a ello también los mayores costes derivados de la crisis del petróleo en los primeros setenta. La reordenación del sector obligó a un proceso de liquidación de empresas (el 80%) en el que solo resistieron las más consolidadas o de mayor escala. Estos movimientos en el sector provocaron modificaciones profundas en la oferta (los cupléidos tradicionales fueron substituidos por los túnidos y bivalvos); en la organización del trabajo (eliminación de la estacionalidad); en la tecnología (hipermecanización de los procesos) y en la comercialización del producto final (nuevas redes de distribución, empleo de publicidad, etc.), al punto de situar a Galicia (y a España) entre los primeros extractores europeos (Noruega, Francia, Portugal)<sup>76</sup>.

Por su parte, la industria experimentó una evolución favorable en los sesenta, con grandes concentraciones en los subsectores energético y ali-

---

<sup>75</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 2001, pp. 37-39.

<sup>76</sup> *Ibidem*, pp. 38-39.

mentario. El resto presenta una doble evolución. Por un lado, retrocedieron las actividades tradicionales (madera, textil y curtidos), pero al tiempo avanzaron las de bienes de equipo, siderurgia y maquinaria (impulsadas sobre todo por el capital público, que adquirió en la comunidad una especial relevancia, como veremos más adelante), aunque predominaron aún los sectores maduros (eléctricas, conserveras), desencadenándose una cierta diversificación. Pero en términos relativos, la evolución resulta menos favorable, si la comparamos con la media española, porque las industrias más innovadoras no provocaron encadenamientos (Celulosas de Pontevedra, Aluminios de Galicia, Refinería de A Coruña) a excepción de Citroën, que generó más adelante un *cluster* empresarial.

Puede afirmarse, por último, que los servicios fueron los que trajeron la modernización a Galicia —medida esta tanto en términos de creación de empleo como de valor— y los máximos responsables del cambio estructural de los años sesenta. En el comercio, el vendedor ambulante y la tienda generalista cedieron el puesto a los minoristas y cadenas de distribución en ciudades y villas. En el turismo, se operaron pequeños avances, aunque sin relación con lo sucedido en el litoral mediterráneo<sup>77</sup>. En las finanzas, pese al aterrizaje de las foráneas (que absorbieron a muchas de las antiguas casas de banca y al propio Banco de La Coruña), se produjo la contrapartida del crecimiento de las cajas de ahorro<sup>78</sup>, que no consiguieron evitar, con todo, que una parte considerable del pasivo captado en la comunidad se invirtiese en otras áreas.

## 6. Las crisis del petróleo y la inserción de Galicia en la economía globalizada, 1974-2010

La recesión de los setenta y primeros ochenta resultó especialmente grave para la comunidad gallega. Y esto no derivó tanto de la incidencia de los precios energéticos y de las materias primas —la comunidad mantenía una baja dependencia energética y disponía en gran medida de materias primas propias—, como de la caída de la demanda de empleo en Europa y el fin de la emigración. A ello hemos de añadir la expulsión de la flota de altura en los caladeros tradicionales —ampliación progresiva

---

<sup>77</sup> X. Carmona Badía, *op. cit.*, 2001, p. 40.

<sup>78</sup> J.C. Maixé (dir.), E. Lindoso y M. Vilar, *op. cit.*, 2003.

en todos los países de las aguas territoriales— y la ruina del sector de la construcción naval exportadora, actividades fundamentales y cuyas debilidades se manifestaron en los 70 y primeros 80.

A acelerar y ampliar los efectos anteriores contribuyó la entrada de España, a mediados de los 80, en la Comunidad económica europea, con un impacto especial sobre los sectores más tradicionales y maduros, pero también sobre los más diversificados y modernos. Entre los primeros, se situaban los astilleros y la agroindustria, trabajosamente desarrollados en los sesenta. Los astilleros civiles, absorbidos durante la crisis de los setenta por el Estado, fueron obligados a dejar de construir navíos convencionales y el protocolo que firmó España con la CEE únicamente preveía la construcción de plataformas marinas y estructuras similares. Por lo que respecta a la agroindustria, la producción láctea fue sometida al sistema europeo de cuotas, que en lugar de servir para estimular al sector con vistas a una mayor competitividad, evitó la competencia con la leche francesa hegemónica. Y en relación a los sectores más diversificados y modernos, la crisis los sorprendió en un precario proceso de consolidación, por lo que en muchos casos, las firmas menos rentables se vieron abocadas al cierre, mientras que las de mayor tamaño fueron absorbidas por el INI para preservar el empleo. Por su parte, la banca quedó atrapada en el proceso de desindustrialización con altas participaciones (directas y en cartera) en muchas de las empresas afectadas, a las que tuvo que vender o liquidar para evitar una mayor contaminación.

En conjunto, los costes de la integración en Europa, sumados a los de la depresión de los setenta provocaron una caída, en términos de PIB, del 28,4% al 19 en el decenio que va de 1975 a 1985. Medido en términos de empleo, el repliegue fue de un 3,7 a un 29,7% durante las mismas fechas<sup>79</sup>.

Observado el desastre desde la perspectiva empresarial de la segunda mitad de los ochenta, el alcance resulta aún más demoledor. La Galicia norte protagonizó las primeras reconversiones, que supusieron una pérdida irreparable del tejido industrial y destrucción de empleo. A Coruña, abandonó el primer lugar en el *ranking* en descargas de los puertos pesqueros de España con la crisis de dos de sus entidades más significadas, Pesquerías Españolas del Bacalao (PEBSA) y Conservación de Alimentos (COALSA). El sector agroalimentario aportó también su cuota al sacrifi-

---

<sup>79</sup> X. Fernández Leiceaga y E. López Iglesias, *op. cit.*, 2000.

cio con la desaparición de Mataderos Frigoríficos Españoles (MAFRIESA), de igual modo que lo hizo el químico con Cros y los servicios con Barros. Asomaron al tiempo los primeros problemas en la Fábrica de Armas (Santa Bárbara) y la filial de Telettra. Con todo, fue el área ferrolana la que recibió el mayor impacto por el monocultivo de la construcción naval y en la medida en que los astilleros del sudeste asiático comercializaban su producto final a unos precios un 30% inferiores a los gallegos. La crisis del naval arrastró las industrias auxiliares (*linkages*), destruyendo un tejido empresarial insustituible, formado trabajosamente durante siglos, y un empleo muy especializado y de difícil reinserción, al que las políticas emprendidas por la Administración (ZUR y otras) apenas pudieron rescatar. En la Galicia sur, por otra parte, asistimos a una grave depresión en el complejo marítimo, acelerada en muchos casos por los encadenamientos productivos. Comenzó por la reconversión naval (Astilleros y Construcciones, ASCON), continuó con el cierre de Motores Deutz, las dificultades se extendieron al Grupo de Empresas Álvarez (GEA), LARSA, Motopesqueros de Altura Reunidos (MAR), Pesquerías Molares y Massó Hermanos y llegó a golpear en las puertas de la poderosa Citroën. La pesca de altura atrapó a los armadores en las redes de las grandes inversiones realizadas en circulante y en las incertidumbres de la política comunitaria en materia de caladeros.

El mejor indicador empírico de la coyuntura lo proporciona la relación de las 50 mayores compañías de la comunidad a comienzos de los noventa, cuando los resultados de la crisis habían sido ya asumidos por el conjunto de la economía. Destaca en ella la pérdida de protagonismo de los sectores más vinculados al complejo marítimo y agroalimentario. Si en los años sesenta conformaban 20 de las 50 mayores firmas (el 40%), a principios de los noventa constituían tan sólo 9 (el 18%), menos de la mitad. En la relación destaca también la entrada de capital exterior: mientras que a finales de los sesenta figuraban 16 grandes empresas de fuera de la comunidad (de ellas 6 de las 11 mayores en términos de activos), a comienzos de los noventa eran ya 23 (10 de las 11 mayores)<sup>80</sup>.

La salida a esta situación de depresión persistente llegó por una doble vía. Por un lado, a través de la adecuación de la economía a la disciplina europea; por otro, con la aparición de nuevas oportunidades de negocio

---

<sup>80</sup> X. Carmona Badía y L. Alonso Álvarez, «La configuración del tejido empresarial de Galicia (1880-2002)», en J.L. García Ruíz y C. Manera Erbina, *Historia empresarial de España. Un enfoque regional en profundidad*, Lid, Madrid, 2006, pp. 310-311.

por la progresiva liberalización de los mercados de productos y factores (globalización). El ingreso de España en la CEE en 1986 exigió una adaptación paulatina de las corporaciones gestionadas por la Administración a la normativa comunitaria. Esta adaptación obligó a tomar decisiones sobre las bases de una mayor desregulación —los restos de elementos autárquicos resultaban aún evidentes—, desmonopolización —existían determinados monopolios en actividades estratégicas: CAMPSA, Tabacalera, Telefónica, Iberia, RENFE, etc.— y defensa de la competencia. Esto comprometía a todos los Estados de la Unión, y no solo al español, a comenzar los ciclos de privatizaciones, es decir, de transferencia de recursos públicos al sector privado<sup>81</sup>.

Las primeras privatizaciones comenzaron, bajo el signo de la administración socialista a partir de 1985, con los objetivos de la reconversión y saneamiento de las entidades públicas fuertemente endeudadas. Se trataba, por un lado, de vender o cerrar las que aportaban pérdidas para asegurar la continuidad de las no competitivas pero intensivas en empleo. Y por otro, de enajenar parte de las más lucrativas para conseguir ingresos con los que financiar las deficitarias sin aumentar la tributación. El resultado se tradujo en una caída de la participación pública en el tejido empresarial (pasó de un 12 a un 7% entre 1985 y 1993) y su relativo saneamiento<sup>82</sup>.

En 1997, tras la victoria conservadora, se inició una segunda fase privatizadora que no contemplaba objetivos financieros ni presupuestarios para mejorar el comportamiento del sector público, sino que simplemente pretendía la eficiencia del conjunto de la economía. Eran privatizaciones totales, que implicaban una significativa transferencia del tejido público empresarial hacia agentes privados, especialmente la gran banca, que recuperó así ese carácter mixto (comercial y de fomento), perdido en las crisis de los setenta y que contribuyó a reforzar los vínculos entre las sociedades financieras e industriales.

Para entender lo que fueron las privatizaciones en Galicia, nada mejor que observar el número de las entidades públicas en los años noventa, que alcanzaban una cifra abultada (cuadro IX). Las firmas más relevantes en número y naturaleza estaban gestionadas por el Estado, frente a las de la comunidad autónoma y las de las administraciones territoriales. Entre ellas destacan los activos empresariales de REPSOL, ENDESA,

---

<sup>81</sup> F. Comín y P. Martín Aceña, *Los rasgos históricos de las empresas en España: un panorama*, Fundación Empresa Pública, Madrid, 1996, documento trabajo núm. 9605.

<sup>82</sup> *Ibidem*.

**Cuadro IX**La gestión de las empresas públicas  
en Galicia en 1995

| Organismo gestor     | Número    |
|----------------------|-----------|
| Estado               | 33        |
| Comunidad Autónoma   | 22        |
| Administración local | 6         |
| <b>Total</b>         | <b>61</b> |

*Fuente:* CES-Galicia, *Análise da situación e perspectivas da empresa pública en Galicia*, Santiago, 1997.

INESPAL, Aluminio Español, Tabacalera, Bazán. Todas ellas constituían sectores estratégicos: energía, alimentación, madera, siderurgia, bienes de equipo y transportes y comunicaciones. Pues bien, el resultado de estas transferencias fue muy menguado para la economía de la comunidad gallega (AUDASA, ENCE, Barreras) y elevado para agentes exteriores (SCH, BBVA y La Caixa), que adquirieron la parte del león.

Si bien es cierto que las privatizaciones contribuyeron en escasa medida al saneamiento de la economía de Galicia, no puede afirmarse lo mismo respecto a la desregulaciones y políticas liberalizadoras. La desaparición de las barreras de entrada desde 1986, fecha de ingreso en la Comunidad europea, que protegían muchos de nuestros productos más competitivos, la búsqueda de respuestas internacionales a los movimientos estratégicos de las corporaciones extranjeras y la rápida difusión de las nuevas tecnologías, especialmente las TIC's, lo hicieron posible en gran medida. Esto se tradujo en la aparición de firmas emergentes en sectores que hasta ese momento apenas mantenían tradición (o la que disfrutaron se había interrumpido), como el textil de la moda, la distribución en grandes superficies comerciales, las nuevas posibilidades de comercialización de los derivados de la pesca, la industria farmacéutica y química, muy vinculadas al factor I+D, e incluso la madera y la construcción inmobiliaria (ahora muy mermadas) dentro de los más tradicionales y maduros. Esta nueva economía emergente se caracterizó en general por unos agentes que proyectaron un tipo de gestión y orga-

nización heterodoxas, pero muy adaptadas a los procesos de globalización. Empresas como las que conforman el grupo INDITEX, la primera de la comunidad, que integraba vertical y horizontalmente a 263 sociedades en 74 países a fines de 2009, con una cifra de negocio que superaba los 11 mil millones de euros, unos beneficios antes de impuestos que rebasaban los 1.700, un empleo de más de 92 mil trabajadores y un patrimonio neto superior a los 5.300 millones<sup>83</sup>. O como también el grupo GADISA, un complejo de relevante interés académico porque construye complejos enlaces empresariales entre *inputs* y producto final. O, por último, como las cooperativas COREN, el grupo configurado en torno a las multinacionales Pescanova y Zeltia, o las firmas FINSA, VEGALSA, Froiz y Calvo, que pueden ser una señal de que los tiempos están cambiando, pese a que la depresión iniciada en 2008 ha contribuido a debilitar el proceso.

A todos ellos habría que añadir los grupos financieros constituidos por las cajas de ahorro y la banca. Caixa Galicia aglutinaba en 2007 a unas 40 entidades propias y a una treintena de participadas, entre ellas Pescanova, Banco Etcheverría, CUPIRE-PADESA (en la actualidad CUPA), Autovías del Barbanza, Norvento o Hierros Añón.<sup>84</sup> Por su parte, Caixanova (resultado de la fusión de las cajas del sur) reunía unas 80 sociedades propias y participaba en otras 50, entre ellas Pescanova, Adolfo Domínguez, Unión-FENOSA, Banco Gallego o R Cable y Comunicaciones<sup>85</sup>. En conjunto, el sector financiero quedó marcado por el avance de las cajas, tras la desregulación de los procesos de expansión extrarregional a partir de 1989, liderado por Caixa Galicia, que inició en la década de los ochenta su ascenso con la fusión de las cajas del norte y algunas del sur (Ferrol en 1978, Santiago en 1980 y las Rurales de A Coruña, Pontevedra y Ourense entre 1986 y 1988). En 2010 y tras el derrumbe del sector de la construcción por el que ambas habían apostado fuertemente, la persistencia de la recesión ha rectificado lo que el mercado no ejecutó en tiempos de bonanza: la hasta entonces imposible fusión de las cajas del norte y del sur, aunque con un futuro cargado de incertidumbres. Frente a esto, el sector bancario perdió el protagonismo regional que había mantenido durante gran parte del siglo xx. El mayor banco autóctono, el Pastor, pasó en el último cuarto de la centuria a ocupar un lugar secundario tras las cajas.

---

<sup>83</sup> INDITEX, *Informe anual 2009*, Arteixo (A Coruña), 2010.

<sup>84</sup> Caixa Galicia, *Memoria Anual*, A Coruña, 2007.

<sup>85</sup> Caixanova, *Memoria Anual*, Vigo, 2007.

Al lado de estas iniciativas privadas, las políticas públicas han alcanzado a afianzar en el país, a partir de los primeros 90, un sector turístico de cierta significación en torno a dos grandes ejes motores que han logrado dejar de lado en gran parte su estacionalidad anterior. Por un lado, la consolidación de un turismo cultural vinculado a la tradición milenaria del camino de Santiago, con creciente importancia en el PIB de la comunidad<sup>86</sup> y, por otro, el denominado turismo de salud, articulado en torno a los muchos y excelentes balnearios y villas termales existentes en Galicia. En ambos casos, se trata de una inteligente alternativa a la escasa dotación de recursos de sol y playa y, también, el producto turístico propio de mayor potencial europeo. La oferta de turismo de salud se encuentra localizada en áreas rurales escasamente desarrolladas —con problemas de despoblación, baja renta per cápita y predominio de la agricultura— y ha conseguido implementar interesantes encadenamientos hacia las actividades hoteleras, de restauración, construcción y bienes de equipo especializados, servicios de apoyo, embotellado de aguas minerales naturales, cosmética, agencias de viaje y formación profesional, entre otras. En la actualidad, el sector está muy integrado verticalmente —a veces de una manera informal, en especial en las empresas familiares—, de modo que aglutina la propiedad de las fuentes termales, los alojamientos, los servicios sanitarios y terapéuticos y las instalaciones deportivas y de descanso<sup>87</sup>.

## 7. Conclusiones: la economía de Galicia en el largo plazo

Presentada Galicia por los políticos de la Ilustración como el modelo de progreso económico a imitar por los pueblos de España<sup>88</sup>, lo cierto es que las bases sobre las que aquél se sostenía —la compaginación de las actividades primarias con las de auxilio— no pudieron ya sostenerse hacia mediados del siglo XIX al entrar en recesión la industria *popular*, que

---

<sup>86</sup> E. Lindoso Tato y M. Vilar Rodríguez, «Caminos y caminantes de la ruta hacia Compostela en perspectiva histórica», comunicación extensa presentada en el *Encuentro Internacional de Historia Económica: la evolución de la industria turística en España e Italia*, celebrado en Palma de Mallorca, 12 y 13 de noviembre de 2009.

<sup>87</sup> Sobre esta cuestión, véase L. Alonso, M. Vilar y E. Lindoso, *O lecer das augas. Historia dos balnearios de Galicia, 1700-1936*, Ed. Galaxia, Vigo, 2011.

<sup>88</sup> Conde de Campomanes, *op. cit.*, 1774, pp. LXVII-LXXIII.

desveló las insuficiencias de la agricultura tradicional y arrastró a una parte significativa de la población a la emigración americana. El país se había convertido, así, en el de menor PIB per cápita en el conjunto del Estado, frente al resto de comunidades que había ya optado claramente por la vía del mercado.

Durante la segunda mitad del Ochocientos, sin embargo, se produciría un hecho histórico, tal vez uno de los de mayor relevancia de su pasado reciente. Forzadas por la presión demográfica y, sobre todo, por la exigencia de pagos en metálico a la Hacienda pública, las familias campesinas —que componían la mayor parte de la población— se vieron obligadas a mercantilizar los excedentes, un proceso que ya no tuvo vuelta atrás.

El balance del primer tercio del siglo XX nos descubre unas fortalezas mediante las cuales el sector primario resolvió para siempre los bloqueos seculares. Por un lado, cristalizó la modernización del sector agropecuario con el acceso a la producción mercantilizada, la conversión de los campesinos en propietarios y una mayor mecanización del campo, elementos todos ellos que definieron en gran medida todo este proceso. Por otro lado, se consolidó un sector secundario de la mano del complejo marítimo que, junto con el agroalimentario, ahora aún en sus comienzos, constituirían sus principales actividades. Al tiempo, se asentaron en las ciudades la intermediación financiera y unos servicios públicos incipientes, destacando en especial los relacionados con el suministro de electricidad. Sin embargo, estos avances no deben hacernos olvidar unas fuertes debilidades estructurales, entre ellas una urbanización aún muy moderada, alejada de la media española, y por ello una industrialización modesta y tardía (sin mejoras sustanciales en el PIB per cápita), de la que derivó la continuidad de la emigración exterior, ahora cada vez más estacional (emigración *golondrina*) y que reportó mayores beneficios (remesas, capacitación intelectual y social).

Este proceso quedó en gran medida interrumpido y sin posibilidades de continuidad a partir de 1940 por la caída general de la renta y el producto, desencadenándose situaciones de regreso al autoconsumo en el sector primario, de pérdida grave de tejido industrial muy competitivo y, sobre todo, de ruptura de encadenamientos productivos y de una tradición empresarial —privada y cooperativa— nacida al abrigo del crecimiento anterior y relegada ahora al exilio interno o exterior cuando no a la desaparición física.

El final del franquismo autárquico permitió que la economía gallega se enganchara al tren de la recuperación, aunque en menor medida que

el conjunto español — pese a la evidencia de una mayor inversión pública—, como muestran las cifras del PIB y de la renta. Gran parte del esfuerzo realizado entre 1960 y 1973 se esfumó con las crisis de los setenta y primeros ochenta.

La recuperación se acometió por una doble vía, aunque con distintos ritmos y alcances. Por un lado, las políticas de la Unión Europea a las que se había incorporado España, que exigieron al gobierno español la privatización de las entidades públicas, facilitaron la transferencia de sus activos al mercado, algo que benefició escasamente a los emprendedores autóctonos. Por otro, y como respuesta a la desaparición de las barreras de entrada, que posibilitaron el ingreso en el país de empresas extranjeras, se inició un proceso de salida al exterior de las sociedades autóctonas, en especial de firmas entonces de tamaño medio que experimentaron crecimientos insospechados. Sin embargo, el éxito alcanzado por algunas de ellas, como INDITEX, no debe hacernos olvidar unos indicadores macroeconómicos poco favorables. Aunque el PIB de la comunidad ha crecido en términos absolutos entre 1996 y 2008 en un 44,19%, lo mismo que el PIB per capita, que lo hizo en un 45,54, ha seguido retrocediendo sin embargo respecto al conjunto español, pasando de representar de un 5,56 a un 5,36<sup>89</sup>.

---

<sup>89</sup> Instituto Galego de Estatística, *Contas económicas de Galicia*. Base 2005. Serie 1995-2008.